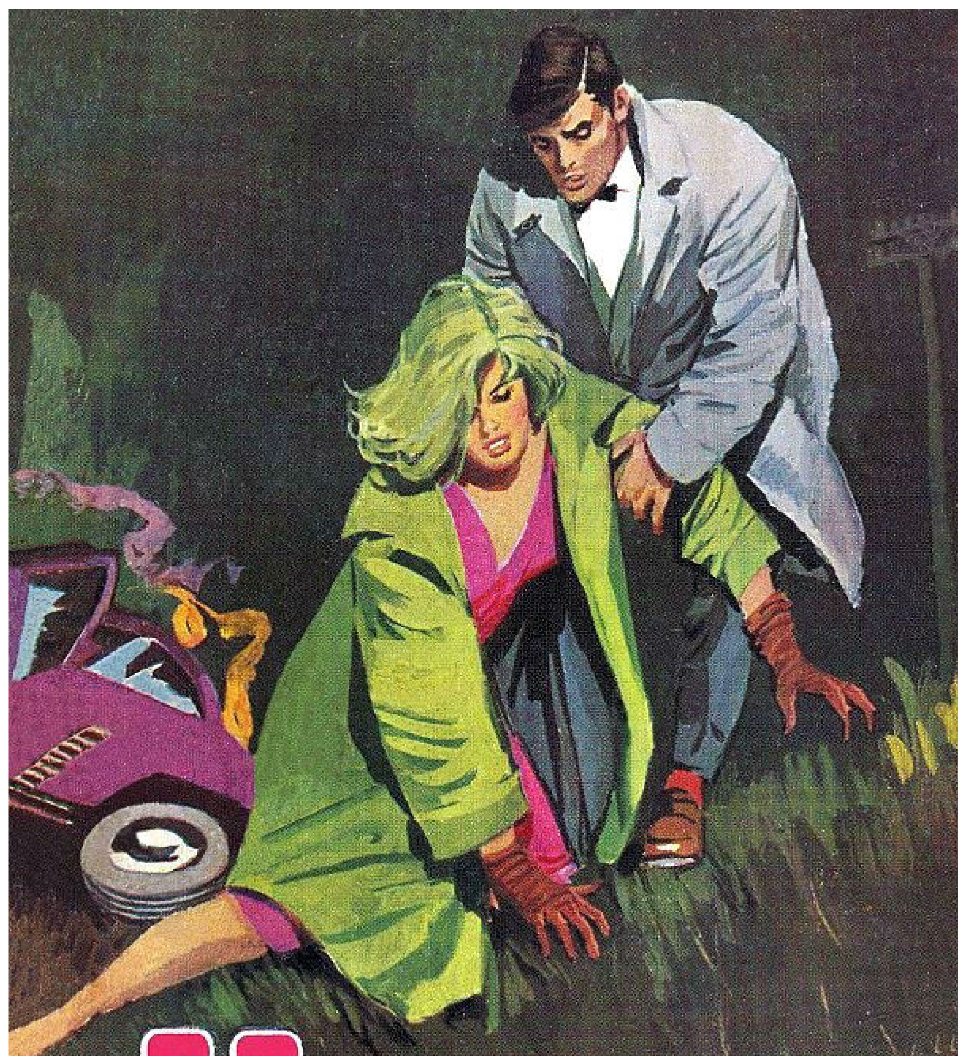


S.S
SERVICIO SECRETO

GEORGE H. WHITE

EL HOMBRE QUE MURIO DOS VECES

Una secretaria acude a la llamada urgente de su jefe extrañada, ya que le suponía en vuelo por motivos de trabajo. Al llegar a su casa encuentra el cadáver tendido en el salón en un charco de sangre. Sale a la carrera buscando una cabina de teléfono para alertar a la policía. En esos instantes, el avión donde debía viajar se estrella y fallecen todos sus ocupantes. Cuando acuden a la casa se encuentran con que el cuerpo del fallecido ha desaparecido y oficialmente se le da por muerto en el accidente. Un inspector de la compañía de seguros junto a la joven tendrán que desentrañar lo ocurrido.



George H. White

El hombre que murió dos veces

Bolsilibros: Servicio Secreto - 581

ePub r1.0
Titivillus 17.12.17

Título original: *El hombre que murió dos veces*
George H. White, 1961

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





George H. White

El hombre que murió dos veces

1ª EDICIÓN

SEPTIEMBRE - 1961

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

El despacho era pequeño y acogedor y en él reinaba una atmósfera tibia y agradable. El mobiliario era sobrio y elegante. Una gruesa alfombra cubría el piso. En la pared había algunos cuadros. En un ángulo estaba la mesa de oscura caoba, adornada con un búcaro con cuatro rosas rojas.

Junto a esta mesa, la máquina de escribir de Elizabeth Werner.

La máquina dejó de teclear y Elizabeth consultó su reloj de pulsera. Eran en este momento, las seis menos cinco minutos. Miró por la ventana.

Más allá de los cristales, la tarde gris moría lentamente y en los rascacielos del otro lado de la calle se iban encendiendo una tras otra las luces de las ventanas correspondientes a los despachos.

Elizabeth Werner cayó entonces en la cuenta de que había quedado casi a oscuras. Empujó ante sí la mesilla transportable de la máquina de escribir y se puso en pie estirando sus bien proporcionados miembros. Era alta, de ojos grises y cabellos dorado oscuro que peinaba hacia atrás. Tenía el rostro ovalado, el cutis transparente. La nariz, respingona y pequeña, infundía en su cara un aire pícaro y avispado. La boca, un poco grande, era de labios gordezuelos, exquisitamente dibujados.

Al moverse en dirección al interruptor de la luz, Elizabeth tropezó con una maleta que estaba en el suelo. Con un gesto de contrariedad, se inclinó y la cogió para colocarla junto a la pared.

La puerta se abrió y una joven que vestía ceñido «*sweater*» de punto irrumpió en el despacho. Al ver a Elizabeth con la maleta en la mano enarcó las cejas.

—¿Qué haces? —preguntó—. El señor Sonderm te llama a su despacho.

—Iba a encender la luz y tropecé con la maleta. No sé quién pudo dejarla ahí en medio. ¿Ha llegado el señor Ullman?

Carlota Kearney negó con la cabeza. Era algo más baja que Elizabeth y más llena de curvas provocativas. Tenía el cabello rubio y los ojos azules de expresión infantil.

—Ullman acaba de telefonear. Se le hizo tarde y dijo que iría directamente al aeropuerto. Yo tengo que acompañar al señor Sonderm para devolver luego el coche a su casa. ¡Dios mío, es un fastidio que no tengas carnet de conducir, Bessy! Después de todo, tú eres su secretaria.

Elizabeth salió del despacho cerrando tras sí, atravesó el saloncito y golpeó con los nudillos la puerta de cristales correspondiente al despacho de Sonderm.

Al entrar en el despacho, los ojos de Elizabeth se detuvieron en el hombre que cruzaba la estancia de parte a parte dando zancadas, las manos en los bolsillos. Era un sujeto larguirucho, al cual hacían parecer más alto su traje negro y la inverosímil delgadez de su cuello. Llevaba gafas y entre su ralo cabello rubio brillaba la lisa superficie de una calvicie disimulada.

Frederic Sonderm se detuvo y miró a la muchacha. A través de los cristales de sus lentes los ojos de color azul-verdoso centellearon.

Elizabeth comprendió que estaba disgustado.

—¿Me ha llamado, señor Sonderm?

—Siéntese y tome nota, quiero que escriba una carta antes de marcharse.

La chica cruzó el despacho y tomó asiento en una silla contigua a la mesa, cruzando una pierna sobre otra.

—Estoy preparada, señor Sonderm —anunció Elizabeth apoyando la punta del lapicero sobre la hoja en blanco de su cuaderno de taquigrafía.

Sonderm echó una furtiva ojeada a las esbeltas pantorrillas de la chica. Luego empezó a dictar mientras paseaba furiosamente arriba y abajo del despacho:

Mientras iba escribiendo mecánicamente lo que su jefe le dictaba, Bess se preguntaba por qué aquellos hombres acostumbraban a dejar todos los asuntos importantes para última hora. Se consideraba a sí misma una secretaria eficiente, y tenía a

gala ser puntual. Pero aunque siempre entraba al trabajo a la hora en punto, era rara la vez que salía a la hora en punto también.

—Son las seis y cuarto —gruñó Sonderm consultando su reloj de pulsera—. No tengo tiempo que perder si he de tomar ese maldito avión. Ponga en limpio esa carta y ocúpese de echarla usted misma al correo al salir.

La puerta se cerró con un golpetazo a espaldas de Sonderm ahogando la voz de Bess que murmuraba un «Buen viaje, señor Sonderm».

Bess abandonó el despacho a su vez cruzando el saloncito hasta su propia oficina. La maleta que antes dejara contra la pared ya no estaba allí. La chica se sentó ante la máquina refunfuñando:

—Hay gente con suerte. A todos sitios van tarde, pero siempre llegan a tiempo. El señor Ullman llegará con el tiempo justo al aeródromo para que el señor Sonderm pueda coger el avión en el último minuto. Pero yo… ¡yo siempre he de retrasar mi salida!

Bess puso en limpio la carta que le había dictado Sonderm, añadió la coletilla de saludos acostumbrada y garabateó su propia firma al pie. Luego escribió el sobre, pegó un sello y metió la carta dentro.

Después de guardar la copia y limpiar la mesa de papeles, Bess fue al lavabo para arreglarse un poco el cabello y retocar sus labios con la barra de carmín. Luego tomó su grueso abrigo sastre y abandonó la oficina.

Al salir a la calle, un golpe de viento frío casi la hizo retroceder. La tarde era gris y desapacible, propia del mes de enero que atravesaban. Había anochecido y los automóviles que circulaban por la avenida en interminable cordón llevaban las luces encendidas. Las muestras de las tiendas y los anuncios luminosos en lo alto de los rascacielos brillaban, encendían y apagaban sus luces multicolores.

Un pequeño coche europeo estaba aparcado unos pasos más allá y Bess lo reconoció enseguida. Stanley Rougeron se envanecía mucho de su «Dauphine» francés de un escandaloso color guinda, pero a Bess, personalmente, el auto le parecía tan ridículamente presuntuoso como el hombre que lo poseía.

Rápidamente, Bess trató de escabullirse ocultándose detrás de los transeúntes que circulaban por la acera. Pero Rougeron la

descubrió a tiempo. La portezuela del «Dauphine» se abrió y Rougeron saltó a la calle.

Era un hombre joven, alto y atlético. Su corto abrigo de «*sport*» le sentaba maravillosamente.

—Señorita Werner…

Elizabeth se volvió enojada. Indudablemente, Rougeron era un hombre guapo. Tenía el cabello oscuro, la frente alta e inteligente, los ojos oscuros y penetrantes. En la barbilla tenía un hoyuelo y en las mejillas aparecieron otros sendos hoyuelos cuando sonrió mientras levantaba su sombrero.

—¿Es usted, Rougeron? —dijo Bess con frialdad.

—La estaba esperando. Tal vez hoy, con el auxilio adicional del tiempo tenga más suerte que ayer.

—¿Que ayer? —repitió Bess siguiendo distraída con los ojos un abrigo de visón que pasaba por su lado.

—Que ayer y que todos los días anteriores —dijo Rougeron sin dejar de sonreír—. El tiempo es malísimo hoy. Hace frío y probablemente lloverá. ¿Me permitirá al menos que la lleve a casa en mi coche? —El joven dejó de sonreír para hacer una mueca amarga—. Sería demasiada suerte que quisiera aceptar también venir a cenar conmigo, ¿no es eso?

Bess miró desdeñosamente hacia el «Dauphine» color guinda.

—Tengo entendido que esos pequeños autos europeos no son muy confiables —dijo—. Gracias de todos modos, señor Rougeron. Prefiero tomar el «metro».

Él se quedó plantado en mitad de la acera viendo como Bess se alejaba.

La muchacha no se volvió a mirarle. Quizás él cerrase los puños contrariado e hiciese una mueca decepcionada. Bess se dolió de su propia brusquedad, pero Rougeron estaba insistiendo demasiado en sus reiteradas invitaciones a salir con él, y de una forma u otra ella debía desengañarle.

Stanley Rougeron era detective de la Compañía de Seguros Empire State, con la cual contrataban frecuentemente pólizas los joyeros Sonderm,
Ullman & Co.,
donde estaba empleada Elizabeth Werner. Rougeron había ido algunas veces por la oficina, siendo así como Elizabeth lo conoció.

En el fondo, Rougeron no le desagradaba a Bess. Era guapo, simpático y poseía un indiscutible don de gentes. Pero era también engreído y afectado en sus relaciones con las mujeres. La primera vez que él la invitó a cenar, Rougeron parecía tan seguro de que ella iba a aceptar que no pudo ocultar su incredulidad y su asombro ante su negativa.

Quizá Rougeron hubiese tomado como cuestión de amor propio conseguir que ella saliese con él alguna noche, y esto era lo que Elizabeth creía. Por esta razón, cuanto más insistía él, más terca era la negativa de ella.

Cuando Elizabeth llegó a su apartamiento, Kattie se preparaba a salir.

Kattie Ellis era una muchacha bonita y vivaracha, de cabellos gris ceniza y ojos grandes y expresivos que, por desdicha, ella pintaba exageradamente. Kattie trabajaba como muchacha de conjunto en una revista de Broadway. Bess la había conocido casualmente en Long Beach el verano anterior.

Aunque de caracteres bastante opuestos, Bess y Kattie se habían hecho grandes amigas y juntas decidieron alquilar un apartamiento que las liberara de las incomodidades de las respectivas pensiones en que vivían.

La posesión de un piso y la compañía de Kattie Ellis habían hecho sentirse a Bess menos sola en aquel inmenso y caótico Nueva York. El piso, aunque pequeño, era bonito y suficiente para dos muchachas solteras, reduciéndose a un comedor-cocina, un cuarto de baño y un dormitorio con dos camas.

—Hola, Bess. ¿Cómo te fue el día? —saludó Kattie mientras se corregía las costuras de las medias.

Elizabeth se quitó el abrigo y se dejó caer en el sofá, exhalando un suspiro de cansancio.

—Un día como todos los demás —dijo levantando las piernas, y lanzando al aire los zapatos sobre la alfombra—. El señor Sonderm tomó el avión de las siete y veinte para San Francisco. Hubo mucho jaleo hasta que finalmente salió hacia el aeropuerto… ¡Dios mío! ¿Por qué no encontraré un millonario una tarde esperándome a la salida de la oficina?

—Tu queja me suena a desengaño —dijo Kattie—. ¿No fue a esperarte hoy ese muchacho detective que tiene uno de esos

ridículos coches europeos?

—¡Oh, sí! Él estaba allí, como de costumbre. Quería traerme a casa en su auto.

—¿Y rechazaste tu invitación?

—Naturalmente.

—Chica, no te comprendo —suspiró Kattie—. A nuestra edad, eso de soñar con millonarios ya pasó a la historia. Un muchacho decente, que no esté mal de aspecto y tenga un buen empleo… eso es todo lo que nosotras necesitamos. ¿Qué le encuentras de malo a Rougeron, vamos a ver?

—Sólo le encuentro malo, que no es sincero conmigo. ¡Oh, conozco a esa clase de muchachos! Tal como se ha puesto la vida, ninguno de ellos piensa seriamente en casarse. Salen un día con una… la llevan a cenar y luego pretenden besarla al despedirla en la puerta del piso. Se repite eso todos los días durante una semana y luego… si te he visto no me acuerdo. Ninguno desea comprometerse hasta el punto de tener que casarse.

—Desgraciadamente así es —suspiró Kattie mientras se ponía el abrigo. Hizo un gesto picaresco y se despidió—: Bueno, se me va haciendo tarde. Por favor, acuérdate de apagar la luz antes de dormirte. El recibo del pasado mes subió un pico.

La muchacha salió cerrando la puerta.

Lentamente, Elizabeth fue desnudándose, ensimismada en sus pensamientos. Era aquél el único momento del que podía disfrutar para ella sola. La agitación de todo el día había quedado al otro lado de la puerta. Ahora no tenía prisa, ninguna prisa. Se estaba bien en el piso, caldeado, tranquilo. Aquel silencio era un sedante para sus nervios fatigados.

Cómodamente embutida en una bata de lana, se dispuso a prepararse la cena. Le gustaba cocinar y aun para ella sola solía confeccionar sabrosos platos. Como durante el día comía en un establecimiento, guardaba para la noche la verdadera comida.

Miró en la nevera y descubrió medio pollo y champiñones. Aquello resultaba una gentileza por parte de Kattie, al recordar lo mucho que a Elizabeth le agradaban los champiñones. Estaba ya a punto la cena, cuando sonó el teléfono. Elizabeth llegó hasta él y cogió el auricular, aplicándolo a su oído. Seguramente aquel pelmazo de Rougeron quería invitarla a cenar como otras veces…

—¿Diga?

—¿Señorita Werner? —Sonó una voz de hombre.

—Sí —contestó Elizabeth, sorprendida al reconocer la voz de su jefe.

—Soy Frederic Sonderm…

—¿Perdió el avión, señor Sonderm? —preguntó Elizabeth.

—No importa eso ahora —contestó él, impaciente—. ¿Puede decirme dónde se puede encontrar al señor Ullman a estas horas? Llamé a su casa pero no está.

—Lo siento, señor Sonderm, ignoro dónde pueda estar el señor Ullman.

Desde el otro extremo del hilo llegó como una exclamación de impaciencia. Después…

—¿Puede usted venir a mi casa? He de dictarle un documento.

Lo que había temido Elizabeth, desde que reconociera la voz de su jefe, acababa de suceder.

—¿Quiere usted que vaya ahora mismo, señor Sonderm? —preguntó.

—Sí, no tarde, por favor.

Elizabeth esperó a que su jefe colgara al otro extremo de la línea. Luego abandonó el aparato sobre la horquilla y aspiró con melancólica resignación el apetitoso olorcillo de su cena. Con gesto malhumorado empezó a vestirse.

—¿Conque no iba a llegar tarde al avión, eh? —refunfuñó—. Tanto apurar el tiempo… ¡Claro! Y luego, al final, yo a pagar los tiestos rotos. ¡Hacerme salir a estas horas!

Se calzó, se puso el abrigo, cogió el bolso y salió.

Tuvo la suerte de encontrar un taxi enseguida. Elizabeth dio al conductor la dirección de la casa de Sonderm:

—Riverside Drive, mil sesenta y uno…

—Eso debe quedar más arriba de George Washington —refunfuñó el taxista.

El auto se puso en marcha, retrepándose Bessy en el asiento posterior. La mansión de Sonderm quedaba efectivamente lejos, en un barrio residencial donde las lujosas quintas casi quedaban por completo ocultas entre las frondosas arboledas. Los números de las casas figuraban en tablillas o en signos de hierro forjado en las verjas de entrada. Había poca luz en el tramo de la calle donde

Sonderm tenía su casa.

Al detenerse el automóvil, Bessy alcanzó a ver entre las sarmentosas ramas de los árboles desnudos de hojas las luces de la casa de Sonderm.

Bessy se apeó, pagó el importe de la carrera y quedó completamente sola en la acera mientras el coche se alejaba.

La gran puerta de hierro estaba abierta de par en par, por lo que Bessy no tuvo necesidad de llamar. Por el ancho camino asfaltado avanzó a través del húmedo parque hasta la puerta principal de la casa.

A la derecha, había luz en la ventana correspondiente a la sala donde otras veces había estado Bessy para tomar al dictado algunas cartas urgentes, cuando su jefe tuvo que guardar cama a consecuencia de una bronconeumonía que le imposibilitó de acudir a la oficina durante todo el largo mes del frío y húmedo noviembre pasado.

Los Sonderm, en especial el marido, eran extremadamente tacaños y nunca dejaban una luz encendida si no la iba a utilizar nadie. En esta ocasión, por ejemplo, la luz del pórtico estaba apagada y Bessy tuvo que palpar en la oscuridad hasta dar con el botón del timbre.

Dentro de la casa resonó el timbrazo con lúgubres y frías estridencias. Bessy se arrebujó friolera en su abrigo mientras esperaba que vinieran a abrirle.

Nadie acudió a su llamada. Mientras tanto, los ojos de Bessy se acostumbraban a la oscuridad reinante y creía descubrir que la puerta estaba solo entornada. Para comprobarlo empujó. La puerta se abrió silenciosamente de parea par.

Esta falta de cuidado sorprendió mucho a Bessy, sobre todo tratándose de personas como los Sonderm, que no teniendo servidumbre acostumbraban echar la llave a todas las puertas de las habitaciones y los armarios de su enorme e inhóspita casona.

Bessy dudó unos instantes y no sin cierta aprensión cruzó la puerta entrando en el vestíbulo.

El vestíbulo estaba a oscuras, pero una franja de luz lo cruzaba saliendo de la entreabierta puerta de la sala que estaba a la derecha.

Bessy se adelantó, tosió para hacer notar su presencia, y por momentos más sorprendida llamó con los nudillos en la puerta de la

sala. Un silencio extraño se extendía por la casa.

—Señor Sonderm —llamó Bessy.

Nadie contestó. Bessy empujó suavemente la puerta y dio un paso adelante quedándose parada bajo el dintel.

Lo primero que advirtió fue cierto desorden que reinaba en la sala. La gran lámpara de lectura estaba voleada en el suelo y su foco, encendido, apuntaba hacia la ventana que cubría una tenue cortina de gasa. La baja mesita, entre los divanes ante la chimenea, había sido corrida de su lugar y sobre la alfombra, por detrás de uno de los divanes, Bessy alcanzó a ver unos pies cuyas punteras apuntaban al techo.

Lanzando una ronca exclamación de sorpresa, Bessy Werner avanzó unos pasos.

En la chimenea ardía un fuego y el resplandor de éste iluminaba de pies a cabeza a un hombre que estaba tendido sobre la alfombra, entre la larga y baja mesa de té y uno de los divanes.

Este hombre tenía los ojos abiertos y vidriosos y en la cabeza una herida de la que manaba un hilo de sangre sobre la alfombra. A su lado, como tirado, se veía un atizador ensangrentado.

Cerca de los pies del hombre, los cristales de unas gafas rotas reflejaban el rojo resplandor de las llamas del hogar. Bessy reconoció al punto aquellas gafas anacrónicas de pesada montura de carey. Entonces se dio cuenta de que el muerto era Frederic Sonderm.

—¡Oh, Santo Dios! —exclamó Bessy.

Y durante un par de minutos quedó allí como petrificada.

De pronto, un miedo horrible la sobrecogió. El silencio que envolvía la casa se le apareció repentinamente lleno de pequeños sonidos misteriosos, no por insignificantes menos temibles. Un escalofrío de terror la estremeció.

Lanzó un grito, dio media vuelta sobre sus tacones y salió corriendo a través del oscuro y sombrío vestíbulo hasta ganar la puerta y salir al jardín.

Se detuvo unos instantes en el pórtico, mirando atrás y preguntándose si Sonderm en realidad no necesitaría que alguien lo socorriera. Pero recordando sus ojos abiertos y vidriosos, Bessy se reafirmó en su seguridad de que Sonderm estaba muerto.

¡Muerto! Tal vez asesinado. Apretó su bolso bajo el brazo y echó

a correr a través del sombrío parque hasta que cruzó la verja de hierro y alcanzó la calle.

Unas gotas de lluvia cayeron sobre su rostro. Bessy vaciló un instante mientras miraba calle arriba y abajo en busca de un taxi. Un par de automóviles cruzaron ante ella velozmente, pero ninguno de ellos llevaba la luz verde indicadora de los taxis. Bessy echó a andar por la acera con rapidez. En este momento toda su ansiedad se cifraba en un solo objeto; alejarse de la casa de Sonderm y evitar toda posible complicación en el crimen.

Dos cuadras más abajo, Bessy tropezó con una placa indicadora anunciando la existencia de una cabina telefónica cincuenta yardas más abajo. La lluvia se iba animando y Bessy tuvo que recorrer a la carrera los últimos metros hasta que alcanzó la cabina y se coló de rondón en ella.

La lluvia le había humedecido las manos y también el rostro. Sacó un pañuelo de bolso y se secó la cara con él mientras sus dientes castañeteaban de miedo.

Tomó la guía de teléfonos y buscó el número de la estación de los famosos, taxis amarillos.

—Por favor, envíenme un taxi enseguida —dijo Bessy a la voz que le contestó—. Me encuentro en una cabina telefónica a la altura del número mil de Riverside Drive.

—Está lloviendo en la ciudad y todos nuestros taxis están muy ocupados en este instante. Tendrá que aguardar unos minutos.

—Aguardaré. Pero por favor, no tarde —dijo Bessy colgando el teléfono.

Bessy se sintió ahora con nuevos ánimos. Afuera llovía copiosamente y el asfalto de la calle era un río de plata bajo el foco de los automóviles y las luces de las farolas. Pero allí, bajo techo, Bessy se sentía más protegida y caliente.

Abrió el bolso, extrajo una cajetilla de cigarrillos y cerillas y se puso a fumar. Entonces comprendió que era deber suyo avisar a la policía. Se sintió avergonzada de su cobardía.

Sacó otra moneda, la echó en la ranura del aparato y cogió el teléfono mientras con la mano que sostenía el cigarrillo hacía girar el dial. Cuando oyó la voz que decía: «Habla con la policía» se echó a temblar.

—Por favor, han asesinado a un hombre…

—¿Su nombre, por favor? —La voz era tranquila pero en su estado de excitación, Bessy no comprendió que era su nombre el que pedían.

—Se trata de Frederick Sonderm, Riverside Drive mil sesenta y uno. Venga enseguida.

—¿Su nombre de usted? —insistió la voz.

Bessy permaneció unos instantes indecisa con el teléfono en la mano. Luego, repentinamente, colgó.

Se quedó aguardando al taxi dentro de la cabina, porque la lluvia seguía arreciando afuera. El cigarrillo ardió entre sus dedos y encendió otro.

Se oyó lejano el alarido de una sirena que se aproximaba. Era un coche de la policía. Bessy temió por un momento que la policía hubiese localizado el lugar desde el que se efectuó la llamada y que el coche se detuviera ante la cabina. Pero el automóvil pasó de largo haciendo destellar la luz roja sobre su techo y se alejó calle adelante hacia la morada de Sonderm.

Bessy dejó escapar un suspiro de alivio.

Casi inmediatamente después, un taxi amarillo rodaba suavemente junto al borde de la acera y se detenía ante la cabina telefónica.

Bessy abandonó la cabina y, cruzando la acera bajo la lluvia, entró en el taxi. El taxista se volvió mirando interrogante al demudado rostro de su pasajera. Bessy, después de cerrar la portezuela del auto, permaneció quieta unos instantes reflexionando.

—¿A dónde la he de llevar? —preguntó el taxista.

Bessy estaba pensando ahora que no podría dormir tranquila aquella noche sin antes saber lo ocurrido; si Sonderm estaba vivo o muerto, si Je habían asesinado, y sobre quién recaían las sospechas.

—Siga adelante hasta que yo le diga —dijo al taxista.

No sin mirar a su pasajera con extrañeza, el hombre puso el auto en marcha.

—Vaya despacio —recomendó Bessy.

Ante la verja de la mansión de los Sonderm estaba detenido un auto blanco y negro de la policía de la ciudad.

—Pare detrás de ese coche —dijo Bessy a su conductor.

Bessy echó pie a tierra, cruzó la verja y entró en el parque.

Había luz en el porche de la casa, y en éste, un par de agentes uniformados hablaban con una mujer rubia de tez blanca, de facciones no desprovistas de belleza y distinguido aspecto.

Era la señora Sonderm. Al ver llegar a Bessy, los ojos de la mujer se animaron.

—¿Usted, señorita Werner? No sabe cuánto celebro que haya venido. Estos agentes dicen haber recibido una llamada telefónica denunciando el asesinato de mi marido. ¿Ha visto usted cosa más absurda?

Uno de los agentes se rascó pensativamente una oreja.

—Tal vez se trate de una broma. A veces recibimos llamadas anónimas sin sentido alguno —murmuró confundido—. De todas formas, a usted no le importará que echemos un vistazo a la casa, ¿verdad?

—No, claro que no. Pueden ustedes entrar y registrar cuanto quieran…, aunque me parece que éste no es el conducto reglamentario de hacer las cosas —dijo la señora Sonderm echándose a un lado.

Los agentes entraron y Bessy les siguió hasta el frío vestíbulo, cuya gran araña de cristal y bronce estaba encendida por excepción.

—¿Podemos entrar ahí? —dijo uno de los corridos oficiales señalando la puerta abierta de la sala.

La señora Sonderm indicó con un ademán que podían hacerlo.

Los agentes entraron en la sala seguidos de la señora Sonderm y de Bessy. La muchacha se quedó en la puerta sin atreverse a entrar, viendo sorprendida cómo la señora Sonderm acompañaba a los policías hasta el centro de la habitación.

Bessy parpadeó, dio un paso adelante y miró hacia la chimenea. Con gran asombro comprobó que el cadáver de Sonderm había desaparecido.

La lámpara de pie, la mesa de té y los divanes ocupaban sus lugares de costumbre. Un alegre fuego ardía en la chimenea y, arrimado a ésta se veía el atizador, limpio, sin mancha de sangre alguna.

Los policías parecían confusos y uno de ellos murmuró:

—Wayne, me parece que estamos haciendo el ridículo…

—Usted perdone, señora —dijo el segundo policía volviéndose hacia la señora Sonderm—. Sin duda se trata de una broma.

—Una broma de muy mal gusto sin duda —dijo la señora Sonderm—. Mi marido es encuentra en estos momentos a bordo de un avión volando hacia San Francisco. Aquí, la señorita Werner, es la secretaria de mi marido y podrá decirles si esto es cierto. ¿No es así, *miss* Werner?

Bessy guardó silencio, los agentes murmuraron unas disculpas y se apresuraron a salir de la casa cruzando el vestíbulo hasta la puerta.

Cuando los policías salían a través del parque mascullando maldiciones contra los graciosos que se dedicaban a gastar bromas, Bessy se dispuso a cruzar la puerta saliendo tras ellos.

La señora Sonderm la retuvo por el brazo.

—¿Se marcha usted ya, *Miss* Werner? Creí que quería usted algo de mí.

—Nada en absoluto, señora Sonderm —murmuró Bessy sintiéndose de nuevo asustada—. Pasaba por aquí, vi el auto de la policía en la puerta y entré por si pasaba algo.

—¿Qué esperaba usted que hubiese pasado? —interrogó la señora Sonderm clavando en el rostro de Bessy sus azules pupilas—. ¿Tal vez que hubiesen matado a mi marido?

—No sé… ¡Oh, no lo sé! Usted dispense… Buenas noches, señora Sonderm —murmuró Bessy confusa.

Y echó a correr.

CAPÍTULO II

Su cabello se esparcía sobre la almohada formando a modo de una aureola dorada en torno a su pálido rostro.

Había dejado la luz encendida y consultaba a cada momento el reloj de la mesita contigua, deseando el pronto regreso de Kattie Ellis. Ansiaba compartir con alguien su angustia e incertidumbre. Deseaba apartar de su recuerdo la visión de Frederic Sonderm yaciendo sobre la alfombra con los ojos abiertos y la cabeza ensangrentada.

No podía comprender lo ocurrido. Ella había visto a Sonderm tendido en la sala de su mansión ante el fuego de la chimenea. Estaba segura de esto y no encontraba una explicación lógica a su repentina desaparición cuando la policía fue a buscar el cadáver. La policía se había marchado atribuyendo a una broma la anónima llamada telefónica que ella misma realizó.

Pero en verdad cabía preguntarse si no era ella la víctima de una broma macabra e incomprensible.

Se removió inquieta, preocupada, pugnando en vano por rasgar el velo de aquel misterio.

De nuevo miró el reloj. Eran las diez de la noche. Bessy siempre solía conectar la radio a estas horas para escuchar el boletín de noticias.

Maquinalmente, por la fuerza de la costumbre, alargó la mano hacia el pequeño receptor de transistores y lo puso en marcha. Inmediatamente escuchó la voz del locutor que decía:

—«… Noticias de última hora dan cuenta también del accidente ocurrido al avión de la “Transocean” de la línea Nueva York a San Francisco, el cual se estrelló contra el suelo esta tarde en las montañas de Nueva Jersey a doscientos kilómetros de Nueva York.

Fuerzas de la policía y voluntarios de la zona donde ocurrió el siniestro, cooperan en la búsqueda de los restos del aparato, dándose por segura la muerte de sus cuarenta pasajeros».

Bessy casi lanzó un grito de sorpresa al escuchar esta noticia. El aparato siniestrado era el mismo que Frederic Sonderm debió tomar aquella tarde con destino a San Francisco. Pero ¿viajaba realmente Sonderm a bordo de aquel aparato?

Bessy sabía que no. Ella había visto a Sonderm tendido, ensangrentado y al parecer muerto aquella misma tarde después de la salida del avión. ¿Qué extrañas circunstancias coincidieron a fin de hacer que Sonderm no tomara aquel aeroplano, salvándose de morir en el accidente, para apenas una hora más tarde encontrar otra muerte igualmente trágica sobre la alfombra de su propia casa? ¿O bien estaría equivocada ella, y Sonderm sólo yacía desvanecido, habiéndose recuperado de su desmayo después?

Con la frente calenturienta, desasosegada e irritada consigo misma, Bessy acabó por cerrar el aparato de radio volviendo a recostarse en la cama.

Sonó en esto el timbre del teléfono.

Dando un respingo, sobresaltada, Bessy se incorporó mirando fijamente al aparato. Extrañada, pues no comprendía quién pudiera llamarla a estas horas, alargó su mano temblorosa.

En el momento de descolgar el aparato y aplicar el auricular a su oído, casi esperaba oír la carcajada de Frederic Sonderm burlándose de la broma que acababan de correr a su costa. Esto, sin embargo, habría resultado absurdo y completamente fuera de lugar.

Sonderm era un individuo extremadamente serio, incapaz de perder su tiempo en bromas, ni siquiera de soltar una carcajada.

La voz que sonaba al otro extremo de la línea no era la de Sonderm.

—¿Es la señorita Werner? —preguntó una voz en tono bajo, como sonando a través de un pañuelo.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Un amigo que le da a usted un consejo, *Miss* Werner. Olvide lo que vio esta noche en casa de Sonderm. Olvídese de ello completamente, como si jamás hubiese estado allí ni hubiese visto nada. La vida le va en ello. ¿Enterada?

Elizabeth, paralizada de terror, fue incapaz de articular palabra.

En el extremo opuesto del hilo sonó el «clic» metálico del aparto que era dejado sobre su horquilla, pero aun entonces continuó Bessy sin soltar el teléfono mientras un frío intenso se apoderaba de todo su ser.

Repentinamente soltó el aparato sobre su soporte y se echó atrás lanzando una exclamación ahogada.

Estaba terriblemente asustada y un sudor frío la bañó de pies a cabeza. Comprendió que en su visita de aquella noche a la casa de Sonderm había sido vista, espiada y vigilada en cada uno de sus movimientos por alguien que se encontraba en la misma casa o en el jardín.

Todo aquello era demasiado para Bessy. Necesitaba ayuda, y sin embargo no podía acudir a la policía. Tal vez la policía se negase incluso a creerla.

De pronto Bessy se acordó de Stanley Rougeron. Bessy sabía, o al menos creía estar segura, de que él se ofrecería gustoso a ayudarla. Y dejando aparte la reserva con que ella acogía sus requerimientos, Rougeron le merecía confianza en su profesión de detective privado.

No quiso demorarse en llamarlo y buscó ávidamente su nombre en la guía telefónica. Encontró su nombre en el listín. Por una feliz circunstancia, Rougeron vivía dos calles más arriba. Marcó el número y esperó impaciente con el auricular pegado al oído mientras el teléfono de Rougeron zumbaba en el extremo opuesto de la línea.

—«Seguro que habrá salido» —se dijo Bessy. Y esta posibilidad le irritó sobremanera.

Pero Bessy se había equivocado. Alguien descolgó el teléfono y una voz varonil y bien timbrada inquirió:

—¿Diga?

—¿Stanley Rougeron? Soy Bessy Werner…

Se oyó un estrépito como de un cenicero o una lámpara de pantalla que caía al suelo. Una ahogada exclamación de sorpresa, y a continuación la voz de Rougeron:

—¿Usted, *Miss* Werner? Bueno, es… es una agradable sorpresa.

—Por favor, estoy en un apuro —dijo Bessy interrumpiéndole—. Le necesito. ¿Podría usted venir a mi apartamiento?

—¿A su apartamiento? —La voz de Rougeron sonaba llena de

extrañeza—. ¿Seguro que desea que vaya?

—Venga enseguida, por favor. Es asunto de vida o muerte.

—¡Caramba! —Un silbido sonó en el auricular junto al oído de Bessy—. Estaré ahí en cinco minutos.

Bessy dejó el teléfono en el soporte y empezó a vestirse. Entró en el cuarto de baño y se arregló el cabello, retocando de paso el carmín de sus labios. Aunque invirtió casi diez minutos en todas estas operaciones, todavía tuvo que esperar algunos minutos más paseando nerviosamente hasta que percibió el ruido del ascensor.

Unos nudillos llamaron suavemente en la puerta. Bessy atisbo por la mirilla óptica de la puerta, asegurándose que era efectivamente el detective antes de abrir e invitarle a entrar con un gesto.

Los ojos de Rougeron la contemplaban llenos de curiosidad y de sorpresa.

—Le agradezco mucho que haya venido —dijo Bessy cerrando la puerta.

—¿Qué le ocurre, *Miss* Werner?

Ella no contestó enseguida. Le indicó con un ademán el sofá, fue hasta el mueble-bar y sacó de él una botella de *whisky* y un par de vasos limpios. Luego entró en la cocina para tomar unos cubitos de hielo de la nevera, regresando con un jarro de agua junto a Rougeron, que la miraba intrigado.

—¿Sabe que casi no puedo creer en mi suerte? —dijo Rougeron sonriendo—. Ignoro en virtud de qué circunstancias me llamó usted, pero sea lo que sea, me alegro porque me han traído aquí.

—Por Dios, no diga usted eso —gimió Bessy dejándose caer en el diván junto a él—. Antes de llamarle a usted acababa de recibir una llamada telefónica amenazadora. ¡Oh, estoy muy asustada!

Y Bessy a continuación relató a Rougeron cuanto le había ocurrido aquella noche, desde que Sonderm la llamó por teléfono, hasta que otro desconocido la llamó para amenazarle de muerte si contaba a alguien lo que había visto en casa de Sonderm.

Stanley Rougeron dejó escapar un largo silbido de asombro.

—¿Está segura de que era su jefe el que se encontraba allí tendido sobre la alfombra? —preguntó Rougeron.

—Llevo dos años trabajando para la firma «Sonderm», Ullman y Co., Durante este tiempo he visto a Sonderm casi a diario. ¿Cree

que podría confundirle con cualquier otro?

—Si no recuerdo mal, ha dicho usted que vio las gafas de Sonderm rotas en el suelo. El aspecto de un hombre al que siempre hemos visto con gafas puede cambiar mucho si le vemos repentinamente sin ellas.

—Era Frederic Sonderm, estoy segura.

Rougeron reflexionó en silencio unos minutos.

—Al parecer, toda su confusión nace de la circunstancia de haber tomado Sonderm el avión de esta tarde para San Francisco. Sin embargo, si su jefe no llegó a tomar ese avión, es fácil comprobarlo. Basta para ello preguntar a la oficina de la Compañía propietaria de ese avión.

—Muy bien, hágalo —dijo Bessy señalando el teléfono—. La Compañía es la «Transocean Airlines».

Rougeron marcó en el dial el número que Bessy le dictaba. Esperó con el auricular pegado al oído y luego preguntó:

—¿Es la oficina de la «Transocean Airlines»? Por favor ¿pueden indicarme si el señor Sonderm tomó el avión de esta tarde con destino a San Francisco?

Rougeron escuchó levantando las cejas con expresión de asombro.

—¿Están ustedes seguros?

El auricular dejó oír una voz gangosa:

—Muchas gracias, eso es todo —dijo Rougeron. Y colgó el teléfono.

—¿Y bien? —preguntó Bessy.

—Sonderm tomó ese avión. Al menos su nombre figura en la lista de pasajeros. Por cierto, este avión se estrelló en Nueva Jersey a los pocos minutos de haber despegado. ¿Sabía usted eso?

—La radio dio la noticia poco antes de que recibiera esa llamada telefónica amenazadora.

Stanley Rougeron se puso en pie y empezó a pasear arriba; y abajo de la habitación. Dijo de pronto deteniéndose ante Bessy:

—Es una condenada casualidad que ese avión se haya estrellado al mismo tiempo que usted encontraba el cadáver de Sonderm aquí en Nueva York. ¿Conoce usted los motivos por que Sonderm iba a viajar a San Francisco?

—Sí. Sonderm tenía que llevar personalmente algunas joyas muy

valiosas, entre ellas un collar valorado en doscientos mil dólares.

—Y mi Compañía aseguró esas joyas esta misma mañana. Todo esto me huele muy mal, *Miss* Werner. Sí, hizo usted muy bien en llamarme, porque el asunto me interesa enormemente. En primer lugar, debo asegurarme de si Sonderm se quedó en tierra o realmente llegó a tomar ese avión. La conminación a guardar silencio que usted recibió por teléfono casi nos asegura que hay en alguna parte una confabulación de silencio alrededor de los verdaderos hechos. Sonderm pudo abandonar el avión a última hora, en cuyo caso mi Compañía podría eludir el pago de la primera por esas joyas. ¿Le importaría acompañarme a la casa de Sonderm?

—¿Volver allá? Oh, no crea que va a gustarme mucho —dijo Bessy.

—Me gustaría que estuviera usted presente cuando le haga algunas preguntas a la señora Sonderm.

—Bueno, si no hay más remedio…

—Por favor, se lo ruego.

Bessy se puso en pie haciendo un ademán resignado.

—¡He traído mi automóvil! —dijo Rougeron—. Pero si quiere podernos llamar a la policía para que nos de escolta.

—¡No, la policía no! —protestó Bessy asustada.

Poco después Bessy dejaba sobre su lecho una nota tranquilizadora para Kattie y seguía a Rougeron hasta el ascensor.

* * *

El coche rodó en silencio unos metros y se detuvo a una manzana de distancia del edificio de los Sonderm. Elizabeth Werner y Stanley Rougeron saltaron a tierra y empezaron a recorrer la acera, acercándose a la casa. Al llegar frente a la verja de entrada, Rougeron atrajo hacia sí a la muchacha por el brazo y le susurró al oído:

—Mire por un lado, mientras yo vigilo por el otro.

Había cesado de llover pero el cielo seguía encapotado sin una sola estrella en el firmamento. Un ligero viento se había levantado y la cruz de los espaciados faroles que iluminaban la calle se movían como péndulos haciendo avanzar y retroceder las sombras de los setos y los árboles de la alameda.

—No veo a nadie —musitó Elizabeth.

—Entremos y échese inmediatamente a un lado del seto.

Cruzaron al otro lado de la verja y saltaron a un lado, cayendo sobre un charco que se había formado en la tierra. La joven sintió la humedad del agua al salpicarle las piernas. Sus dientes castañetearon.

Se habían agazapado tras un arbusto. El suave roce de sus hojas y de las de los árboles vecinos, el gotear de las ramas, el golpeteo de una ventana que en algún lugar había quedado abierta…, la humedad y la oscura noche que les rodeaba… todo contribuía a deprimir el ánimo de Bessy y hacerle añorar su cama caliente y segura.

Stanley la cogió de un brazo y Elizabeth se sobresaltó. Los ojos de él brillaron extrañamente en la oscuridad.

—No tenga miedo —le susurró junto al oído.

Guiada por el detective, avanzaron por entre los setos hasta llegar cerca de la casa. Entonces se desviaron, rodeándola por la izquierda, pegados al muro hasta llegar a la parte de atrás.

Elizabeth sintió que la mano de Stanley apretaba su brazo.

—Está abierta la puerta del garaje —le oyó susurrar.

Efectivamente, una de las grandes puertas de madera estaba entreabierta unas pulgadas. Los dos jóvenes llegaron hasta allí. El detective escuchó unos instantes y luego se metió por la rendija.

Elizabeth quedó sola en el jardín. Miró a su espalda y el corazón empezó a latirle descompasadamente. Las sombras de los árboles tenían un inquietante aspecto…

No lo pensó más. Rápidamente, se metió por la rendija en seguimiento de Stanley Rougeron, estando a punto de proferir un grito, al darle en pleno rostro el foco deslumbrante de una luz. Cerró los ojos y enseguida la luz se apagó, dejando el garaje en la más completa oscuridad.

Era Stanley Rougeron que la había enfocado con la linterna. Se acercó a ella.

—Suponía que era usted —dijo—. Oiga, Elizabeth…

La joven, pese al sobresalto que acababa de llevarse, percibió claramente que él la acababa de llamar por el nombre.

—Diga, Stanley —contestó imitando su ejemplo.

Al instante, sintió la mano de él que le cogía la suya y se la

presionaba unos instantes.

—Gracias por llamarme Stanley —susurró muy cerca de ella.

Elizabeth se sonrojó y agradeció la oscuridad que la envolvía.

—Por favor, no es el momento…

No pudo continuar. Se sintió enlazada por el talle y unos labios se posaron sobre los suyos. Después…

—No vuelva a decirme que no es el momento —dijo Rougeron roncamente—. ¡Me ha dado usted tan pocos hasta ahora…! Habría sido un necio de no aprovecharme.

La muchacha sintió que la indignación le ahogaba.

—¡Es… es usted…!

—¡No diga nada! Recuerde que estamos embarcados en una aventura peligrosa… ¿No le parece haber oído un ligero ruido ahí afuera?

Elizabeth se olvidó de su enfado y se acercó impulsivamente a Stanley, escuchando temblorosa. La oscuridad le impidió ver la sonrisa de Rougeron.

—Una falsa alarma, Elizabeth… Oiga, vamos ahora a «trabajar». Cuando entré he podido comprobar que no está el coche de su jefe. ¿No era un «Cadillac» azul?

—Sí —contestó ella.

—Pues sólo hay un descapotable color rojo.

—Ése es el de su señora —explicó Elizabeth sorprendida—. Pero también el del señor Sonderm debe estar aquí. Carlota Kearney quedó encargada de traerlo desde el aeródromo después de acompañar a Sonderm.

Él se apoderó de la mano de la joven y tiró de ella hacia fuera.

—En ese caso alguien salió con él… ¡No se estremezca, no hace falta que haya sido Sonderm! ¡Cualquier otro que esté «vivo» puede guiarlo también!

Cuando salieron al jardín, la muchacha pudo advertir que Rougeron llevaba en la mano unas herramientas.

—¿Para qué quiere eso?

—Ahora lo verá.

Se acercó a una ventana que había casi a ras de tierra y empezó a hurgar en ella.

—Espero que estas ventanas nos conduzcan al sótano —dijo él.

Continuó forcejeando con la palanqueta. Se oyó un crujido.

Rougeron lanzó un suspiro y se incorporó. La muchacha pudo ver que la ventana estaba abierta.

—Yo bajaré primero —dijo el detective.

Bessy le vio desaparecer por la ventana. Poco después percibía un estrépito formidable que retumbó en toda la casa. Era un ruido de vidrios rotos, de hojalata y algo como un maullido de gato al que hubieran pisado el rabo.

Elizabeth se dispuso a correr. En el silencio de la noche había sonado aquello como si fuera el estallido de una bomba atómica. No tardaría en asomarse alguien a alguna ventana y ella no pensaba quedarse allí fuera para dar explicaciones. ¿Cómo explicaría su presencia allí? No lo pensó más y se metió por el hueco de la ventana, yendo a caer en la oscuridad sobre un cuerpo blando que amortiguó su caída.

—¿Qué le ha pasado para meter tanto ruido? —protestó enfadada, esperando que Rougeron diera señales de vida—. ¿No ve cómo yo no hice ruido?

—¡Ésa sí que es buena! —Gruñó una voz debajo de ella—. Si yo hubiera tenido también un almohadón…

Elizabeth se dio cuenta de que «lo blando» era el propio Rougeron.

—No sé por qué se les ocurriría poner aquí tanto trasto… —Volvió a gruñir el detective, desembarazándose de Elizabeth y poniéndose en pie—. Y no sé tampoco por qué no se le habrá ocurrido a usted poner pies en polvorosa al oír el estruendo. ¿No comprende, criatura, que no tardarán en pescarnos?

—Salgamos entonces los dos —dijo ella—. No me pareció muy noble dejarle abandonado… sin saber siquiera si se había herido.

Él encendió la linterna e iluminó el lugar sobre el que habían caído. Un montón de cajas de hojalata vacías se extendían en un completo desbarajuste, mezcladas con los fragmentos de una docena de botellas.

—Oiga, Elizabeth —dijo de repente el detective—. ¿No encuentra extraño que nadie haya dado señales de vida?

Elizabeth asintió pensativa.

—¿No tenían servidumbre? —preguntó Stanley Rougeron, iluminando con la linterna unos muebles desvencijados que había en un rincón.

—Venía una mujer para hacer la limpieza, pero nunca se quedaba por la noche. La señora Sonderm es muy independiente. Como su marido viajaba mucho, ella gustaba de irse a casa de su madre y cerrar la casa. Decía que de haber tenido a alguien, no habría podido hacerlo.

—Pues en ese caso, la señora Sonderm ha debido irse hoy también a casa de su madre, porque de haber estado aquí, habría tenido que oír por fuerza el ruido… Lo extraño es que dejara abierta la puerta del garaje.

—Y que se llevara el coche de su marido —añadió Elizabeth.

—Bueno, vamos a mirar bien lo que hay por aquí.

En un rincón había un montón de carbón. Stanley se acercó y hurgó en él con una pala de hierro que había a un lado. Pareció convencerse de que nada iba a encontrar allí y enfocó hacia otro lado, deteniéndose en una cómoda desvencijada. Se acercó a ella y abrió el primer cajón.

Elizabeth se acercó y miró por encima de su hombro. Vio un montón de sábanas amarillentas en confuso desorden. En los cajones inferiores había mantelerías y ropa vieja.

—Desechos —murmuró la muchacha.

—Estos Sonderm deben ser un poco tacañetes —apuntó Rougeron—. ¿Para qué guardarán cosas de las que ya no van a servirse?

Un poco más allá vieron una llave de luz. Stanley se acercó a ella y la encendió. Una bombilla de luz roja mal iluminó la estancia, aunque fue suficiente para ver el conjunto del sótano. Allí había de todo. Vajilla vieja, retirada ya. Cuadros llenos de polvo y telarañas. En una pared había una especie de estantería llena de tapices, mantas, alfombras, sacos y cajas de sombreros. Al fondo, había una escalerilla de cemento que subía hasta una pequeña puerta de madera que comunicaba con la casa.

—Vamos arriba —dijo Stanley.

Elizabeth se estremeció.

—¿Y si hay alguien?

—Imposible. Nos habrían oído.

Subió la escalerilla y trató de abrir la puerta, que se resistió. Empujó con el hombro. La puerta crujió. AL segundo empujón se abrieron paso.

Permanecieron unos instantes inmóviles, escuchando. De puntillas fueron subiendo por la escalera hasta llegar a la parte posterior del edificio. Un pasillo largo y estrecho que les condujo al vestíbulo.

Al llegar al vestíbulo, Stanley apagó la linterna.

—¿Dónde está la sala? —preguntó.

—Aquí.

Stanley volvió a encender la linterna. Cruzaron el sombrío *hall* y entraron en la sala. Stanley se acercó a la ventana y corrió la pesada cortina de terciopelo. Luego encendió la luz.

—¿Así que éste es el lugar del crimen, eh? —murmuró.

Elizabeth notó en su voz algo de ironía.

—Estaba tendido en esa alfombra —dijo agresiva—. No fue alucinación, aunque usted crea lo contrario.

Stanley miró la alfombra. Luego se acercó a ella y se arrodilló. Estuvo palpándola y mirándola detenidamente y luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Está segura de que era esta alfombra?

Ella frunció el entrecejo.

—No, ésta no es la alfombra que había cuando yo entré la primera vez. Esa alfombra tira a marrón… La que yo vi era azul.

Stanley se enderezó bruscamente.

—En ese caso… —empezó a decir. Se detuvo, encendió la linterna y fue a apagar la luz.

—Vamos otra vez al sótano.

Elizabeth le siguió.

Cuando llegaron abajo, el detective se dirigió hacia la estantería y buscó entre las alfombras que había allí. Tiró de una de ellas y, mostrando una cenefa de dibujos azulados, la enseñó a la muchacha.

—¿Puede ser ésta?

—¡Seguro! —dijo ella excitada.

Había dos más encima de la que les interesaba. Rougeron la sacó con cuidado, levantando las otras. La dejó en el suelo y la desenrolló de un puntapié.

Un silbido de asombro salió de sus labios.

—Bueno, parece que tenía usted razón, después de todo —murmuró.

Una enorme mancha de sangre se extendía casi en el centro de la alfombra, destacando sobre fondo azul.

Oyeron en esto el ruido de un motor en el parque.

—¡Viene alguien! —exclamó Bessy asustada.

Rougeron enrolló rápidamente la alfombra y la dejó en la estantería. Luego fue hacia un baúl que había arrimado a la pared cerca de donde estaba la ventana y lo arrastró hasta el pie de ésta, tras apartar con el pie las latas y los cascos de cristal. Se subió sobre al baúl, apagó la linterna y miró por el hueco de la ventana.

—Vienen hacia el garaje…

Bessy percibió el roncar del motor del automóvil… cuando pasaba ante la ventana. El rumor se alejó, chirriaron suavemente los frenos y sonó una portezuela metálica al abrirse.

Las grandes puertas del garaje resonaron al correr sobre sus raíles. El motor del coche zumbó de nuevo y Rougeron anunció:

—Acaban de entrar en la cochera. Vamos. Yo saldré primero y la ayudaré desde arriba.

El detective se encaramó hasta la ventana, salió por ella y tardó unos minutos en volver a reaparecer.

—Vamos, cójase de mi mano —dijo.

Unos instantes después Bessy se encontraba junto a Rougeron en la oscuridad fría y húmeda del jardín. Del garaje llegó el chirrido y luego el golpe seco de las puertas al ser cerradas. Rougeron apretó el brazo de la muchacha mientras tiraba de ella hacia abajo obligándola a agazaparse tras un seto.

La grava del sendero que circundaba la casa crujió bajo unos pasos que se acercaban. Un instante después, un hombre y una mujer cruzaban por delante de la agazapada pareja. La luz era tan escasa en el jardín que Rougeron no pudo distinguir las facciones de los que pasaban.

Los pasos se alejaron y poco después escuchaban el rumor de la puerta de la casa que se cerraba.

—Vámonos ya —dijo Rougeron tirando de la mano de la muchacha.

Al trasponer la verja, Rougeron preguntó:

—Era la señora Sonderm, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Conoce al hombre que la acompañaba?

—No. No había bastante luz para verle la cara. Además, creo que no le conozco de todas formas.

Alcanzaron el automóvil y subieron a él. Rougeron dijo mientras ponía el coche en marcha:

—Tal vez debiéramos avisar de esto a la policía.

—¡Por Dios, no! —protestó Bessy echándose a temblar—. ¿Olvida usted la llamada de amenaza que recibí por teléfono esta noche?

Rougeron guardó silencio mientras aceleraba y efectuaba rápidamente el cambio de las sucesivas velocidades.

—Esperaremos a mañana —dijo—. La verdad es que todo está demasiado confuso para irle con este cuento a la policía. Puede que la policía no nos creyera, y puede que el aviso que le dieron fuese hecho completamente en serio.

CAPÍTULO III

Aunque en los primeros momentos, Stanley Rougeron se había resistido a creer en la fantástica historia de Elizabeth, después de ver la alfombra ensangrentada no tuvo más remedio que confesarse a sí mismo que aquel relato era auténtico. Cuando se metió en la cama, estuvo un buen rato pensando en ello y cuando a la mañana siguiente, el despertador sonó a las ocho en punto, saltó rápidamente, poniéndose el batín y abrió la puerta para recoger el periódico y la botella de leche.

Vertió el contenido de la botella en un cazo, que colocó en el hornillo. Mientras se le calentaba la leche, se preparó una tostada en un tostador eléctrico y cuando tuvo a punto el desayuno lo colocó sobre una mesa pequeña que estaba arrimada a la pared, abrió el periódico y empezó a comer y a leer simultáneamente.

Venía en grandes titulares la noticia de la catástrofe. Luego seguía un relato detallado del accidente. Se estaba efectuando la búsqueda de los cuerpos y publicaban la lista de todos los pasajeros que habían embarcado en Nueva York. Entre ellos figuraba el nombre de Frederic Sonderm.

Stanley estaba sorprendido. Era natural que en los primeros momentos de confusión no se hubieran dado cuenta y se limitaran a radiar la lista de los pasajes vendidos, pero después… ¿era que nadie se había dado cuenta que Sonderm no viajaba en el avión? ¿Se habría equivocado Elizabeth al reconocer en el hombre muerto a su jefe? Saldrían de dudas en cuanto se identificaran las víctimas. Pero la realidad era que Sonderm o no, un cadáver debía encontrarse en aquellas horas por alguna parte. Esto le dio una idea.

Fue pasando las hojas del periódico hasta que llegó a la de los sucesos locales. En cuanto hubo leído algunos párrafos, su rostro se

animó. La noticia que je interesaba, rezaba así:

> «Esta mañana ha sido hallado en la bahía el cadáver de un hombre carbonizado. No llevaba ropa alguna ni nada que permitiera establecer su identidad. El cadáver ha sido descubierto por la policía del puerto cuando flotaba sobre el agua».
>
> «La brigada de homicidios de Nueva York se ha hecho cargo del trágico accidente y trabaja activamente para esclarecer el suceso».

Stanley entornó los ojos y dejó el periódico sobre la mesa. Estuvo unos instantes pensativo; luego consultó su reloj de pulsera y fue hacia el teléfono, que estaba sobre la mesilla. Descolgó el aparato y marcó un número.

—¿*Miss* Werner?

Al recibir la respuesta de asentimiento al otro extremo de la línea, Stanley continuó:

—Tengo algo que contarle… ¿A qué hora sale para el trabajo…? ¿A las ocho? Pasaré a recogerla dentro de media hora.

—De acuerdo —le contestó la muchacha.

Stanley colgó el teléfono. Quince minutos más tarde salía a la calle.

La mañana era desagradable, fría y húmeda. Echó a andar hacia el garaje donde guardaba su automóvil, cruzándose con hombres y mujeres de rostros enrojecidos por el frío, que, enfundados en abrigos, corrían apresuradamente hacia sus oficinas.

Stanley llegó al garaje. El empleado estaba quejándose de lo mucho que la lluvia ensuciaba y estropeaba los bajos de los coches. Stanley subió a su coche, lo puso en marcha y lo sacó con precaución a la calle, en donde aceleró en dirección al domicilio de Elizabeth Werner.

La muchacha le esperaba en el portal. Aparecía pálida y ojerosa y llevaba un impermeable gris oscuro que aun favoreciéndole la hacía parecer más delgada.

—Yo diría más bien que no ha pegado ojo en toda la noche —le dijo Stanley mientras estrechaba su manita enguantada.

—Ha acertado, desde luego.

—¿Asustada? —preguntó él, ayudándole a subir al coche.

La muchacha aguardó a que el detective diera la vuelta al auto para subir por la otra portezuela. Stanley puso el coche en marcha.

—Más que asustada estoy impresionada —dijo entonces Bessy—. No sabe cuánto daría por verme fuera de este asunto. Lo he pensado muy bien y voy a seguir los consejos que alguien me dio por teléfono. Después de todo, tal vez sea preferible pensar que lo soñé todo…

—Eso no es posible, recuerde que existe una alfombra ensangrentada. —Stanley guardó silencio mientras encendía el intermitente para doblar a la derecha.

—Es imposible que el muerto no fuera él sino otro —dijo Bessy. Permaneció callada unos instantes, y en vista del escéptico silencio del detective continuó—: ¿Leyó usted el periódico de esta mañana?

—De eso precisamente quería hablarle. Lo llevo en el bolsillo de la derecha. Cójalo usted misma, por favor.

Bessy sacó el periódico que asomaba doblado por el bolsillo del abrigo del detective. Inmediatamente llamó su atención un párrafo enmarcado con lápiz rojo.

—Lea eso a ver qué le parece —dijo Stanley.

Bessy leyó para sí la noticia donde se daba cuenta del hallazgo del cadáver carbonizado de un hombre en las aguas de la bahía.

—¿Cree usted que pueda ser el cadáver de Sonderm? —preguntó.

—Pudiera ser el cadáver que usted vio —repuso él evasivamente—. Por la forma en que el cadáver tiene quemadas las manos y la cara, yo diría que alguien intentó chapuceramente impedir que el hombre sea identificado.

—Si a un cadáver le queman la cara y destruyen las huellas dactilares quemándole las manos también, no hay forma de identificarle después, ¿no es cierto?

—¡Por Dios! —Stanley se echó a reír—. Hay mil formas para identificar a un cadáver, incluso si han borrado sus facciones y la impresión dactilar de sus manos. Si es el cadáver de Sonderm, no tardaremos de aquí a la noche en saberlo con toda certeza.

Stanley Rougeron detuvo el auto ante la oficina de los joyeros «Sonderm, Ullman y Co». La muchacha se dispuso a bajar del coche.

—Crea que me alegraría haberme equivocado y saber que el cadáver de Sonderm se encuentra en realidad entre las víctimas del accidente en Nueva Jersey —dijo Bessy tendiendo la mano al detective.

—Vendré a recogerla a la salida.

Ella hizo un gesto de asentimiento y cruzó la húmeda acera hacia el portal del edificio, desde el cual Carlota Kearney les estaba contemplando con expresión de burla.

Stanley puso el auto en marcha guiando con cuidado a través del denso tráfico por las resbaladizas calles hasta su propia oficina.

Stanley dejó el auto estacionado ante el edificio y entró en el ascensor. Poco más tarde empujaba la puerta de la oficina metiéndose de lleno en el fragor que formaban una docena de máquinas de escribir funcionando todas al mismo tiempo.

Joseph Rayner levantó la cabeza y le miró desde detrás del mostrador.

—Hola, Rougeron. Dichosos aquéllos a quienes nadie controla sus horas de entrada y de salida de la oficina.

Stanley contestó con una mueca siguiendo adelante. Junto a la puerta de un despacho, tecleaba en su máquina de escribir una joven rubia y bonita, de ojos verdes y labios bien perfilados. Viendo a Rougeron la chica guiñó un ojo.

—Buenos días, Stanley. El señor Lader estuvo preguntando por usted hace diez minutos.

—Bueno, pues ya estoy aquí. ¿Está solo en su leonera el «boss»?

—¿Quiere que le anuncie?

—No hace falta, conozco el camino.

Stanley se encaminó hacia la puerta de cristales del fondo, golpeó el cristal con los nudillos y entró.

Desde la formidable barrera que formaba su mesa escritorio de acero, Hans Lader clavó sus ojos fatigados en el detective. Era un hombre de estatura mediana, delgado, activo, de inteligencia muy despierta, sólo que en esta ocasión parecía muy deprimido.

—¿Usted, Rougeron? Por favor, pase y siéntese. Le estaba esperando. —Se acarició la frente—. Esta maldita humedad vuelve a atacarme la cabeza.

Stanley cerró la puerta, cruzó el despacho y fue a dejarse caer en uno de los profundos butacones forrados de cuero.

—¿Malas noticias? —preguntó el joven, pues sabía por experiencia que las jaquecas de Lader nunca llegaban solas por la humedad de Nueva York.

—Más que malas, yo diría más bien que son catastróficas… para la Compañía, claro. Anoche, un avión de la línea regular de San Francisco se estrelló en las montañas de Nueva Jersey. Uno de nuestros clientes, Frederic Sonderm, viajaba en ese avión. Consigo llevaba un estuche conteniendo diamantes que acababan de ser asegurados en nuestra Compañía contra robo o extravío por una cuantía de doscientos mil dólares.

Stanley dejó escapar un largo silbido de asombro. Lader prosiguió:

—Ni que decir tiene que los pasajeros murieron todos. Pero acaso podamos rescatar los diamantes entre los restos del aparato… Si es que todavía están allí. Por eso le buscaba. Quiero que vaya rápidamente al lugar del accidente y trate de encontrar esas joyas.

—Iré allá si usted quiere. Aunque por lo que sé, ese viaje es inútil. Las joyas, probablemente, no se encuentran entre los restos del avión.

Lader unió las cejas formando entre ambas una arruga vertical.

—No le comprendo, Rougeron. ¿Qué quiere decir?

—Sin que esto valga por afirmación categórica, existen algunos indicios de que el señor Sonderm se encontraba ayer tarde en la ciudad una hora después que el avión que debía llevarle a San Francisco había despegado.

—Usted debe estar confundido, Rougeron. Uno de nuestros detectives dejó a Frederic Sonderm en la escalerilla de ese avión. Además, el nombre de Sonderm figura entre la lista de las víctimas del accidente.

—¿Quién fue el detective que acompañó a Sonderm hasta el aparato?

—Ellery Barton.

Stanley frunció el ceño. No le gustaba Barton. Ni siquiera comprendía cómo la Compañía de seguros lo empleó. Barton había pertenecido al cuerpo de la Policía de la ciudad de Nueva York y había sido obligado a dimitir su cargo después de cierto escándalo en el que veladamente se citaban los términos «corrupción» y «extorsión».

—¿Vino Barton hoy por la oficina? —preguntó.

—Pregúntele a la señorita Starmer. Pero dígame, Rougeron. ¿Por qué cree usted que Sonderm no se encontraba a bordo de ese avión cuando se produjo el accidente?

—Porque llamó por teléfono a su secretaria luego de haber despegado el avión. La secretaria de Sonderm es la señorita Werner. *Miss* Werner acudió poco después a la casa de Sonderm, donde éste le había dado cita… Bueno, Sonderm parece que estaba allí… muerto.

—¡Diablo, Rougeron! —exclamó Lader pegando un salto en su sillón.

—¡Oh, no empiece a tejer una bella historia sobre el modo de evadir el pago de esa prima por los diamantes extraviados! La cosa no está tan clara. *Miss* Werner salió para llamar por teléfono a la policía. La policía se presentó en casa de Sonderm… pero no encontró rastros del cadáver.

—¿Quiere decir que alguien lo hizo desaparecer?

—Sí, puede que alguien lo hiciera desaparecer. —Stanley sacó del bolsillo del abrigo el periódico y lo entregó doblado a su jefe señalándole con el dedo el suelto que aparecía en un recuadro de lápiz rojo.

—¿Está pensando usted que este cadáver podría ser el mismo que desapareció del domicilio de Sonderm? —preguntó Lader con pupilas brillantes de excitación.

—Podría ser. En todo caso, creo que deberíamos averiguarlo.

—Claro que sí, Rougeron. De eso va a encargarse usted inmediatamente. Si pudiéramos demostrar que es el cadáver de Sonderm y éste no se encuentra entre las víctimas del accidente, entonces probablemente las joyas no se encontraban tampoco a bordo del avión. ¡Caramba, Rougeron, ésa es una posibilidad la mar de interesante! Incluso nuestra Compañía pudiera eludir el pago de esa póliza presentando el caso como estafa…

Lader se interrumpió, reflexionando.

—Dijo usted que la policía se había presentado en la casa de Sonderm. ¿Qué ocurrió después que vieron que el cadáver no estaba allí?

—Los oficiales presentaron disculpas a la dueña de la casa y se retiraron.

—¿Y la señorita Werner? ¿Se negó la policía a aceptar su testimonio?

—La señorita Werner está muy asustada al regresar anoche a su casa, ella recibió una llamada telefónica amenazadora… de alguien que le aconsejaba se olvidara de lo que había visto. Ahora la muchacha ya no sabe si realmente vio a Sonderm muerto, si estaba vivo, ni siquiera si era Sonderm.

—Sin embargo, esa llamada amenazadora demuestra que la chica vio algo realmente interesante.

—Eso mismo pienso yo. Sin la llamada telefónica, yo mismo habría creído que la señorita Werner sufría una alucinación o era víctima de una estúpida broma.

—Vaya usted al depósito y trate de identificar ese cadáver. Hágalo ahora mismo y no deje de tenerme al corriente de sus investigaciones —dijo Lader excitado poniéndose en pie.

—Sí.

Stanley recogió su sombrero, que había dejado sobre la mesa, y abandonó el despacho. Se detuvo junto a la mesa donde la chica rubia le contempló por encima de su máquina de escribir.

—¿Vino por aquí Barton esta mañana? —preguntó Stanley.

—¿Ellery Barton? No. Pero no es de extrañar. Casi siempre llega con retraso.

—¿Tiene ahí a mano su ficha?

La muchacha tiró de uno de los cajones metálicos de su escritorio, buscó entre algunas tarjetas y sacó una cartulina, que alargó a Rougeron. Éste se anotó el número del teléfono y la dirección del domicilio de Barton que figuraba en la tarjeta.

—Eso es todo, Elena. Muchas gracias —dijo Stanley. Y salió de la oficina.

Había empezado a llover. Un bajo techo de nubes color plomizo encapotaba el cielo sobre Nueva York. Pese a la temprana hora de la mañana, la luz ambiente era semejante a la de las últimas horas de la tarde. Stanley puso su automóvil en marcha rodando por el asfalto resbaladizo en dirección al puente de Brooklyn. Desde el puente, la perspectiva sobre el populoso barrio de Brooklyn aparecía difuminada a través de la cortina de la lluvia.

Unos minutos más tarde, Stanley estacionaba su llamativo «Dauphine» ante la casa de apartamientos donde habitaba Barton.

El propio Ellery Barton vino a abrir la puerta acudiendo a la llamada del timbre. Era un hombre de unos cuarenta o cincuenta años, de estatura mediana, fornido y ligeramente cargado de espaldas. Tenía los ojos pardos enrojecidos, el rostro macilento y estaba sin afeitar.

La inesperada presencia de Rougeron pareció sorprender al expolicía.

—Hola, Rougeron —gruñó—. ¿Qué te trae por aquí? En este momento me disponía a salir hacia la oficina. ¿Quieres entrar y tomar una taza de café?

Stanley penetró en el apartamiento. Éste era pequeño y estaba amueblado sin pretensiones. Olía fuertemente a *whisky* y a café. En el suelo, sobre la alfombra al lado del sofá, se veía una botella tumbada. La alfombra todavía conservaba las huellas de la mancha del *whisky* derramado, y las señales de que Barton había estado emborrachándose hasta quedar dormido en el sofá, eran San evidentes que el propio Barton no intentó siquiera disculparse.

Barton desocupó una silla, quitando de ella una chaqueta y un chaleco, pero Stanley se quedó de pie.

—Tengo entendido que ayer tarde escoltaste unos diamantes hasta el aeródromo, donde el señor Sonderm se hizo cargo de las joyas —dijo Stanley mientras sacaba un paquete de cigarrillos y ponía un pitillo entre sus labios.

—Sí —dijo Barton clavando en su compañero una mirada de suspicacia—. ¿Por qué?

—Han ocurrido unas cuantas cosas desde entonces. El avión en que viajaban Sonderm y los diamantes se estrelló a poco de haber levantado el vuelo, en las montañas del Estado de Nueva Jersey, a ciento ochenta millas de Nueva York.

—¡Caramba! —exclamó Barton entre sorprendido y pesaroso.

—Entre la lista de los pasajeros figura el nombre de Frederic Sonderm, pero en realidad todavía es pronto para saber con certeza si Sonderm se encontraba realmente entre los pasajeros.

—¿Por qué no había de estarlo? Yo mismo vi a Sonderm subiendo la escalerilla del avión.

—Eso precisamente quería saber. ¿Permaneciste allí en el aeródromo viendo cómo despegaba el avión en que viajaba Sonderm? Medita bien la respuesta antes de contestar sí o no.

Tenemos razones para sospechar que Sonderm no llegó a salir en ese avión.

Ellery Barton abrió la boca con asombro.

—Esa suposición es absurda, Rougeron —protestó Barton—. Vi a Sonderm subiendo al aparato. ¿Por qué había de volver a bajar después?

—La pregunta es ésta: ¿Pudo haberlo hecho? ¿Pudo haber bajado del avión antes que éste despegara, sin que tú te dieras cuenta?

La mirada huidiza de Barton expresó el bochorno que le embargaba.

—En otras palabras —insistió Stanley—: ¿Te quedaste en el aeropuerto hasta la salida del avión?

—Claro que me quedé allí.

—¿Estuviste allí mirando al avión hasta que éste despegó?

—Entré en el bar. ¡Demonio, muchacho! —exclamó Barton viendo la mueca violenta de Rougeron—. ¿Cómo iba a pensar que Sonderm pudiera bajar del avión en el último minuto?

—¿Te das cuenta que faltaste a tu obligación, Barton? Tu deber era permanecer allí sin quitar ojo del avión hasta que éste hubiera despegado. Tenías que custodiar esos diamantes hasta tener la completa seguridad de que Sonderm estaba en el aire camino de San Francisco en compañía de las joyas. Solamente en ese momento terminaba tu misión.

—¡Sí, sí…, lo sé, maldita sea! —rugió Barton empezando a pasear furiosamente por la habitación—. Bueno, supongo que irás corriendo con el cuento al jefe para que me despida. ¿No es eso?

—No tengo nada en particular contra ti, Barton, aunque como es natural no puedo mentir en este asunto. Lo siento —dijo Stanley aplastando los restos del cigarrillo en el cenicero de la mesa contigua al sofá.

Bajo la sombría mirada de Ellery Barton, Stanley salió del apartamiento, bajando de nuevo a la calle.

* * *

La fría humedad marina penetró hasta los huesos de Stanley a través del tejido de su abrigo al apearse del coche en el patio del

sombrío edificio de mohosas y carcomidas piedras.

La puerta estaba abierta de par en par y en la desierta sala donde Stanley entró, sus pasos sonaron con extrañas y profundas repercusiones. Un hombre que llevaba el uniforme de los servicios municipales de Sanidad acudió junto al detective.

—Sí, el cadáver está aquí —dijo el empleado devolviendo a Rougeron la licencia de detective que éste le mostraba—. El doctor Cunard es el jefe del depósito. Le diré que está usted aquí.

Stanley encendió un cigarrillo mientras esperaba paseando por la fría y desierta sala. Un hombre que vestía larga bata blanca salió por una puerta.

—Soy el doctor Cunard. Creo que está interesado usted por ese cadáver que pescaron los agentes de la patrulla del puerto esta madrugada.

—Así es.

—¿Quiere entrar a verlo?

—Bueno.

Stanley siguió a Cunard por una puerta hasta una habitación iluminada por tubos de neón, en el centro de la cual se veían en una sola hilera hasta cuatro mesas de mármol. Una puerta de extraordinario grosor al fondo comunicaba con la cámara frigorífica. Sobre esta sala se abría directamente a un patio trasero una puerta ancha por donde entraban y salían los cadáveres. A un lado se veían varias camillas de ruedas.

El doctor Cunard ordenó a un empleado que sacara el cadáver señalado con el número doce.

Dos hombres tomaron una de las camillas, la hicieron rodar hasta la puerta de la cámara y entraron en ésta. Un vaho húmedo y frío, cargado de penetrantes y desagradables olores, hirió el olfato de Stanley.

Al reaparecer de nuevo la camilla había sobre ésta un cuerpo cubierto con una sábana. La camilla fue empujada hasta quedar directamente bajo uno de los tubos de neón. El médico hizo una seña a Stanley para que se acercara y levantó un extremo de la sábana.

Stanley echó una rápida ojeada al cadáver e inmediatamente se echó atrás.

—Desagradable, sí —dijo el doctor volviendo a cubrir el rostro

abrasado del muerto con la sábana—. Debieron quemarle la cara y las manos utilizando una lámpara de soldar de kerosene.

—En ese estado, no debe resultar tarea fácil tomar la impresión de sus huellas dactilares, ¿verdad?

—Desde luego que no —dijo el doctor echándose a reír—. Borrar las facciones del muerto y destruir el pulpejo de sus dedos, ése fue el objeto principal perseguido por quien le practicó esas quemaduras. La labor fue realizada a conciencia, y por la forma dijéramos exhaustiva en que se llevó a cabo, yo diría que lo hizo un inexperto.

—¿Qué entiende usted por «inexperto», doctor?

—Pues que fue hecho por una persona bastante ignorante en cuanto a los sistemas de identificación posible. La gente, por lo regular, cree que basta borrar las facciones de un muerto y cortarle las manos o quemarle los dedos para destruir todas las formas posibles de identificación. Y no es así. Por ejemplo, en lo que respecta a este cadáver, poseemos los siguientes datos para su posterior identificación: tenía entre cuarenta y dos y cuarenta y cinco años, medía un metro setenta y dos centímetros, pesaba sesenta y nueve kilogramos, era rubio, tenía los ojos azules y la nariz aguileña. El cadáver fue encontrado desnudo, pero casi tenemos una tarjeta de identificación tan completa como si en su traje hubiese llevado la etiqueta de su sastre.

—¿De veras? —inquirió Stanley muy interesado—. ¿A qué se refiere?

—A su dentadura. Había estado en manos de un dentista. Lleva una corona de oro en el primer molar superior derecho, un empaste de cemento en el segundo molar inferior, y un puente de oro y marfil entre la segunda premolar y la primera molar inferiores del lado izquierdo. Si el dentista que hizo ese trabajo es de Nueva York, la Policía puede tardar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas en dar con el dentista y establecer la identidad del muerto. Si el dentista es de otra ciudad, la identidad del cadáver puede tardar mucho más tiempo en revelársenos. Lo usual, en estos casos, es que las revistas odontológicas inserten una descripción de las señas dentarias del sujeto con un ruego hecho a todos los dentistas del país para que revisen sus archivos.

—¿Me permitirá que tome nota de esas características por si por

mi parte pudiera alumbrar la identidad de este cadáver?

—Bueno, no creo que haya inconveniente —dijo el doctor—. Venga a la oficina y le facilitaré una copia de nuestra ficha completa.

Al salir poco después del depósito de cadáveres llevando en el bolsillo la ficha con todos los datos concernientes al cadáver no identificado, Stanley Rougeron tenía el convencimiento de haber adelantado un gran paso. Si el muerto era Frederic Sonderm, no tardaría en saberlo con certeza.

Entrando en la cabina de un teléfono público junto al mismo borde del muelle, Stanley telefoneó a la oficina de
Sonderm & Ullman.
Se puso al aparato Carlota Kearney desde la centralita.

—Por favor, Carlota, ¿quieres ponerme en comunicación con la señorita Werner?

—¿Qué jaleo te traes con Bessy, Rougeron? ¿Has prosperado tanto que estás a punto de rendir esa plaza?

—Déjate de tonterías, Carlota. No estoy de humor para bromas. Ponme con la señorita Werner si puedes, o de lo contrario iré ahí yo mismo.

—¡Pues, hijo, nos hemos levantado de un humor de pascuas! —refunfuñó la rubia Carlota mientras manejaba las clavijas.

La voz de Elizabeth Werner contestó un poco sorprendida. Stanley le dijo rápidamente lo que esperaba de ella.

—Espere un momento —dijo la chica.

Poco después volvía a tomar el teléfono, dando a Stanley la dirección del dentista de Sonderm.

—¿Todo va bien? —preguntó por último la muchacha antes de despedirse.

—Estoy progresando tan aprisa que espero llegar a la meta hoy mismo —repuso Stanley—. Tan pronto sepa algo que valga la pena, usted lo sabrá también.

Stanley abandonó la cabina telefónica, subió a su auto y se dirigió a la dirección que Elizabeth Werner le había dado.

Veinte minutos más tarde se encontraba haciendo antesala en la clínica dental del doctor Balmain.

El doctor Balmain, de pequeña estatura, rechoncho y muy moreno, resultó un hombre bastante antipático. Miró con

desconfianza la licencia de detective que Rougeron le mostraba, y de buenas a primeras se negó a proporcionar ningún dato que pudiera perjudicar a su cliente.

—¡Por Dios! —protestó Stanley—. No se trata de perjudicar a nadie. El señor Sonderm pereció anoche en un accidente de aviación. Su cadáver, carbonizado, ha quedado irreconocible. Para identificarle hemos tenido que recurrir a otros medios distintos de los ordinarios. La viuda de Sonderm no podrá cobrar el seguro de su esposo sin la previa identificación del cadáver de éste.

Aunque a regañadientes, el doctor accedió finalmente a mostrar al detective la ficha de su cliente.

Apenas echó un vistazo a los datos consignados en la cartulina, Stanley Rougeron sintió que se aceleraban los latidos de su corazón. Como el cadáver que yacía en el depósito, Sonderm llevaba una corona de oro en el primer molar superior derecho, un empaste de cemento en el segundo molar interior derecho, y un puente de oro y marfil entre la segunda premolar y la primera molar inferiores del lado izquierdo.

—Muchas gracias por sus informes, doctor —dijo Stanley despidiéndose apresuradamente.

Al abandonar la clínica y volver a la calle, Stanley estaba tan entusiasmado como el cazador que acaba de alcanzar codiciada presa. Entró en la primera cabina telefónica que halló al paso, llamó a su oficina y puso a Lader al corriente de las pesquisas realizadas.

—¡Estupendo, Stanley! Si además de eso la mujer de Sonderm pudiera identificar el cadáver por alguna mancha, lunar o cicatriz en el cuerpo de su marido, creo que tendríamos bastante para establecer la identidad de Sonderm sin lugar a dudas.

Stanley salió de la cabina. Era la hora del «*lunch*» y entró en un restaurante próximo para tomar un par de bocadillos. Luego volvió a su automóvil y se puso en camino hacia la casa de los Sonderm.

Una mujer acudió a la llamada del timbre, pero no era la señora Sonderm, sino la encargada de la limpieza.

—La señora Sonderm no está en casa —dijo la mujer haciendo ademán de cerrar la puerta.

Stanley interpuso su pie evitando que la puerta se cerrara.

—¿Cuándo regresará?

—¿Y yo qué sé? —repuso la mujer con aspereza—. Puede que

regrese enseguida, y puede que no vuelva hasta la noche.

Con tan escasa información, Stanley se retiró de la puerta, que se cerró con seco golpe, y quedó parado bajo la marquesina dudando entre esperar o marcharse.

Mientras estaba allí dudando empezó a llover de nuevo. Stanley corrió bajo la lluvia hasta su coche, se metió en él y cerró la portezuela.

Malhumoradamente, encendió un pitillo, se puso cómodo y decidió esperar.

Al cabo de una hora, después de haber fumado seis cigarrillos uno detrás de otro, la señora Sonderm seguía sin regresar. Continuaba lloviendo. Stanley decidió que estaba perdiendo lamentablemente el tiempo.

Puso el auto en marcha, lo sacó del jardín de los Sonderm y tomó la carretera, emprendiendo el regreso al centro de la ciudad.

CAPÍTULO IV

Robert Ullman estaba de pie, delante de la mesa escritorio cuando Stanley entró en el despacho. Era de estatura regular, bastante grueso pero de una gordura algo fofa y descolorida. Estaba casi calvo y en sus ojos había toda la animación que faltaba a su figura. Estos ojos eran grandes, expresivos y de un color castaño claro.

Se estrecharon las manos y Ullman ofreció a Stanley una silla.

—Me ha dicho la señorita Werner que deseaba hablarme —dijo.

—También quisiera hacerlo con el señor Hilton…

—Sí, claro. Sin embargo, mi socio atiende en este momento a un cliente y hasta que no termine no podrá acudir. Mientras tanto, ¿puedo yo serle útil?

—Desde luego, puesto que usted fue el que despidió en el aeropuerto al señor Frederick.

—¿Se trata de «eso»? —preguntó Ullman, frunciendo las cejas.

—Siento tener que causarles algunas molestias pero tengo el deber de aclarar todo lo referente a los diamantes.

—No creo que haya nada que no esté perfectamente claro en este asunto, pero usted está en su perfecto derecho de hacer toda clase de indagaciones en nombre de su Compañía.

—Gracias, señor Ullman. Abusando de su amabilidad desearía que usted me contestara sinceramente a esta pregunta: ¿Puede usted asegurar que el señor Sonderm se marchó en el avión?

—Naturalmente. No creo que nadie pueda poner eso en duda.

—Entonces… usted considera imposible que su socio no partiera en ese avión. ¿No cree factible que bajara a tierra en cuanto ustedes se marcharon?

Robert Ullman se quedó mirando sorprendido al detective.

—No, no lo creo —contestó lentamente—. Aunque,

naturalmente, él pudo bajar inmediatamente después de nuestra salida, puesto que el señor Barton y yo no aguardamos a que el avión despegara. No lo consideramos necesario.

—Por favor, explíqueme con todo detalle el motivo del viaje del señor Sonderm.

Ullman empezó a hablar con tono fatigado:

—Actuamos de mediadores de esas joyas que aseguramos a ustedes. Se trata de una compra particular a una señora rica, vendido a una tienda de antigüedades de San Francisco. Como usted debe saber, esas joyas están valoradas por su compañía en doscientos mil dólares y decidimos que fuera el señor Sonderm personalmente a entregarlas… Yo me encargué de ir a recogerlas, acompañado del señor Barton. Delante de él se hizo la tasación y se metieron en una caja metálica. Cuando abandonamos la casa de la señora Spencer, propietaria de las alhajas, fuimos directamente hasta el aeropuerto. Allí nos aguardaba mi socio, el señor Sonderm, quien se hizo cargo de los diamantes y subió al avión.

—¿Podría por favor detallar más el momento de la entrega de las joyas? —rogó el detective.

—Naturalmente que puedo, señor Rougeron —contestó serenamente Ullman, aunque un poco sorprendido—. Entregué a mi socio las joyas cuando él estaba al pie de la escalerilla. El detective compañero suyo puede testificarlo. Cuando le vimos entrar en la cabina nos fuimos de allí y yo me marché directamente a mi casa.

En ese momento, Stan Hilton entró en el despacho. Stanley le conocía de vista. Era delgado, alto, nervioso, de ojos pequeños muy juntos y vivos y cejas espesas. Dirigió una inclinación de cabeza al detective y les rogó que continuasen.

—El señor Rougeron, aquí presente, cree posible que Frederick bajara del avión en cuanto nosotros salimos del aeropuerto —explicó Ullman, mirando fijamente a su socio.

—Pero eso es absurdo —se sorprendió Hilton—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Ustedes deberían saber mejor que yo hasta qué punto era de fiar Sonderm —observó Stanley, mirando a sus interlocutores.

Al oírle, Ullman profirió una exclamación de incredulidad. Por su parte, Hilton se quedó mirando fijamente al detective y un gesto de preocupación contrajo su frente. Indudablemente, ahora ya no

parecía tan absurda aquella posibilidad.

—¿Insinúa usted que Sonderm nos ha estafado, escapando con los diamantes? —preguntó asustado.

—Es imposible —afirmó Ullman, antes de que el detective, pudiera contestar.

—Confieso que empiezo a estar preocupado, señor Rougeron, porque cuando usted se expresa así sé que tiene sus motivos. Y espero, Ullman, que te des cuenta de que si Frederick nos ha hecho una jugarreta, naturalmente, la Compañía no pagará el seguro. ¿No es eso, señor Rougeron?

—No va usted desencaminado, señor Hilton. Pero para llegar a esa conclusión, quisiera antes terminar de hacerles algunas preguntas.

—Bien, pues hágalas.

—¿Qué clase de persona era su socio? ¿Le conocían de mucho tiempo? ¿Han sostenido con él relaciones amistosas?

Fue Ullman el que contestó primero.

—Verá…, eso es un poco difícil de contestar porque aunque nos conocemos hace ya diez años, nuestras relaciones han sido sólo comerciales. ¿No es así, Stan?

—Desde luego, aunque quizá podemos añadir que era una persona de confianza o creímos que lo era.

—Entonces, ¿no podrían indicarme si había alguna mujer en su vida, aparte de su esposa? ¿Qué tal se llevaba el matrimonio?

—Señor Rougeron —dijo Hilton un poco violento—, a eso no podemos contestarle. Desde luego, Frederick parecía vivir una vida normal como cualquier otro ciudadano honrado.

—Quisiera hablar con su secretaria la señorita Kearney. Tengo entendido que le acompañó al aeropuerto, ¿verdad?

—Sí —contestó Ullman, abriendo el botón del dictáfono y llamando a Carlota.

Antes de que entrara la muchacha, el detective se disculpó por estar molestando incluso al personal.

—Presumo que tendrán ahora mucho trabajo —comentó—. ¿Es una buena época ésta para su negocio?

Ullman y Stan Hilton se miraron de reojo.

—No podemos quejarnos —contestó Hilton.

Cuando entró Carlota, los dos socios aparecían inquietos.

—Esperemos que la señorita Kearney viera despegar el avión —dijo Ullman.

La joven les miró sorprendida pero no dijo nada hasta que Stanley le rogó que hiciera el favor de repetir punto por punto todo cuanto hizo el día antes desde que salió de la oficina hasta que llegó a su casa.

Ella parecía confusa, pero cuando comenzó a hablar Ullman y Stan la escucharon atentamente.

—El señor Sonderm me pidió que le acompañara porque debía hacerme cargo de su coche y llevarlo a su casa —empezó la muchacha—. Cuando fuimos al aeropuerto faltaban siete minutos para la salida del avión y el señor Ullman todavía no había llegado. El señor Sonderm estaba muy nervioso, temiendo que el señor Ullman llegara tarde. De repente, murmuró algo sobre sacar un seguro para el vuelo y fue hacia una de esas máquinas automáticas, esas máquinas que ustedes tienen en…

—Sí, sé a cuáles se refiere —interrumpió Stanley—. ¿Acaso Sonderm sacó un seguro de una de las máquinas de mi Compañía? ¿Una de esas pólizas válidas solamente para lo que dura un vuelo en avión?

—Sí. Era una póliza por cien mil dólares. El señor Sonderm me entregó el resguardo para que a mi vez se lo entregara a la señora Sonderm.

Stanley se mordió los labios preocupado. Cuando Hans Lader se enterara de aquello, sus lamentos iban a oírse desde el otro lado del mundo.

—Continúe, por favor, Carlota —rogó.

—El señor Sonderm me dijo entonces que podía marcharme, pero cuando yo me disponía a obedecerle cambió de opinión y me dijo que aguardase la llegada del señor Ullman por si éste me necesitaba. Pero en ese instante llegó el señor Ullman, acompañado de Barton. El señor Sonderm cogió las joyas y subió por la escalerilla, desapareciendo en el interior del avión.

—¿Y después? —preguntó Stanley con impaciencia.

Ella no contestó enseguida. Contempló sorprendida al detective y luego miró a sus jefes, que parecían estar pendientes de sus próximas palabras.

—¿Después? —dijo sorprendida—. Pues me marché a casa del

señor Sonderm a llevar el coche.

—Pero ¿quién salió antes del aeropuerto? ¿Usted, o el señor Ullman y nuestro detective? —preguntó Stanley cada vez más impaciente.

—Tenía prisa y me fui antes.

Una exclamación de contrariedad salió de los labios de Stan Hilton.

—Continúe hablando —rogó Stanley—. Cuando usted llevó el coche a casa del señor Sonderm, ¿quién había allí?

—La señora Sonderm. Estaba vestida y a punto de salir. Iba de compras y se ofreció a llevarme en el coche.

—¿La llevó?

—Sí.

—Muchas gracias, Carlota. Ya he terminado de molestarla.

Cuando hubo salido Carlota, Stanley se disculpó con el señor Ullman y el señor Hilton por haberles estado entreteniendo, pero ellos le aseguraron que no podían molestarse porque la Compañía intentara demostrar que Sonderm se quedó en tierra, ya que estaba en su derecho.

No obstante, cuando el detective desapareció al otro lado de la puerta, Ullman se volvió hacia su socio.

—¿Qué te parece todo esto, Stan?

—Estos individuos no han hecho este interrogatorio sin tener un motivo importante para ello —contestó el aludido, preocupado—. Algo hay detrás de todo eso.

—¿Crees capaz de «eso» a Frederick?

Stan Hilton no contestó enseguida. Estuvo pensando unos instantes antes de que sus labios dijeran:

—Sí.

Mientras tanto, afuera en el vestíbulo, Stanley explicaba someramente a Bessy la entrevista.

—No he sacado nada en limpio, excepto que nadie vio en realidad a Sonderm saliendo del avión y por consiguiente es muy posible que Sonderm se apeara antes de salir éste. ¡Ah! Y por si lo de las joyas fuera poco, acabo de enterarme también de que su jefe sacó en el mismo aeropuerto otro seguro de vuelo. Si como es de suponer, la beneficiaría es la señora Sonderm, va a tener que explicar muchas más cosas de las que pensábamos.

—No sabe cuánto deseo verlo todo solucionado… —musitó tristemente la joven.

—Sea valiente, Bess. Todo se arreglará.

Se volvió para marcharse. En la puerta estaba Carlota Kearney, que sonreía burlonamente, mirándolos.

—Espero que me atienda a mí ahora —dijo con picardía—. Ahí dentro he estado contestando a sus preguntas. ¿Quiere contestar ahora a las mías?

—Lo siento, pero tengo prisa. Adiós —dijo Stanley, desapareciendo por la puerta.

Carlota entonces en encaró con Bessy.

—¿Ya no le tienes prevención? —le preguntó—. Observo que ya no haces remilgos con ese conquistadorzuelo de vía estrecha. Te creía más sensata.

Bessy miró pensativa a su compañera.

—Para mí el señor Rougeron es un detective, sólo eso —dijo tranquilamente. Y para sus adentros, añadió: «Sólo eso».

Pero ni ella misma estaba muy segura de que aquellas palabras fueran sinceras.

* * *

Cuando Stanley Rougeron se dirigía por segunda vez en busca de la señora Sonderm, era mediada la tarde. En aquellas horas, el tránsito era tan intenso que el detective desesperaba de llegar a salir de aquel enjambre de coches. Abarrotadas las calles, tenía que esperar hasta tres veces que las luces de los semáforos dieran paso para conseguir adelantar. El rumor de los motores y los mil ruidos de la calle producían en Stanley una reacción extraordinaria.

Al fin logró salir del centro y enfiló a toda velocidad hacia la casa de los Sonderm.

Había cesado nuevamente de llover, pero el cielo estaba tan encapotado que Stanley se vio obligado a encender los faros del coche.

Tuvo suerte porque cuando se internaba por el camino de grava en dirección de la puerta principal, oyó que un coche se detenía junto al suyo, y cuando se volvió descubrió a la señora Sonderm que bajaba de él.

No iba sola. Le acompañaba un hombre alto y bien formado, moreno y de rasgos atrayentes.

—¿La señora Sonderm? —preguntó el detective.

—Sí, yo soy —le contestó ella.

Stanley le tendió en silencio su tarjeta y ella la cogió y la leyó. Luego le invitó a seguirles hasta el interior de la casa, después de presentarle a su acompañante, que resultó llamarse Joseph Hooper.

Entraron en la sala que Stanley conociera la noche antes. Cuando estuvieron sentados, Elsie Sonderm rogó al detective que expusiera el motivo de su visita.

—Verá, señora Sonderm, ya sé lo reciente que está lo de su esposo… —El detective no acertaba a pronunciar frases de condolencia después de haber visto llegar a la viuda tan amartelada con Hooper; así, pues, pasó por alto estos detalles y fue directamente al objeto de su visita El señor Sonderm hizo un seguro con mi Compañía antes de subir al avión. Es un seguro muy importante y nosotros queremos estar convencidos de que debemos pagar.

Elsie Sonderm se incorporó en su asiento.

—¿Que si deben pagar, ha dicho? Por favor, señor Rougeron, ¿no puede explicarse mejor? —exclamó alarmada.

Joseph Hooper se removió inquieto en su asiento.

—Tranquilícese, señora Sonderm —dijo Stanley—. Si no existe ningún impedimento usted cobrará, desde luego. Pero para ello es necesario que usted colabore con nosotros. Comprenda que se trata de una suma bastante elevada. Queremos asegurarnos de que su marido viajaba en el avión cuando ocurrió el accidente.

El rostro de la señora Sonderm expresó un intenso disgusto.

—No hay ninguna duda de que mi marido ha perecido en ese accidente, puesto que desgraciadamente iba en el avión. La Compañía aérea propietaria del avión hace aparecer el nombre de mi esposo en la lista de pasajeros.

—Pues lamento tener que insistir, señora Sonderm. Pero es posible que dicha Compañía haya sufrido un error y para aclararlo necesito su colaboración. ¿Puede acompañarme a identificar un cadáver?

Elsie Sonderm palideció y miró de reojo a Hooper, que miraba insistente hacia el suelo.

—Me sorprende su petición —dijo—. Naturalmente, pensaba ir mañana a identificar entre las víctimas el cuerpo de mi marido…

Los ojos de Stanley Rougeron estaban fijos en el hermoso rostro de la señora Sonderm cuando dijo:

—Temo que no me he expresado bien, señora Sonderm. En realidad no se trata de viajar a Nueva Jersey para identificar el cadáver, sino identificarlo AQUÍ, en Nueva York AHORA MISMO.

Las pestañas de la viuda, sobrecargadas de «rímel», aletearon como pájaros asustados.

—No le entiendo, señor…

—La Policía del puerto pescó esta mañana el cadáver de un hombre carbonizado en la bahía, señora. Tenemos fundados motivos para sospechar que tal cadáver es el de su marido.

—¡Dios mío, eso es absurdo! —protestó Elsie Sonderm—. Sufren ustedes un error. Si Frederick viajaba en ese avión, no puede haber muerto al mismo tiempo en Nueva Jersey y aquí en Nueva York.

—¿Por qué cree usted que su marido pudo haber muerto aquí en la ciudad, y no a doscientos kilómetros de distancia en las montañas de Nueva Jersey, señora Sonderm? —interrogó Stanley.

La pregunta pilló completamente desprevenida a la mujer. Ella no atinó a decir nada, hasta que Hooper intervino diciendo:

—Lo que la señora Sonderm quiere decir, es que carece de lógica la suposición de que habiendo perecido en un accidente de aviación a doscientos kilómetros de Nueva York, el cadáver de Sonderm haya podido aparecer flotando en las aguas del puerto.

—Es sencillamente disparatado —apoyó la propia señora Sonderm con la faz arrebolada—. No creo que exista duda alguna de que el cadáver de mi esposo se encuentre entre las víctimas de ese accidente.

—Todavía no tenemos una lista oficial de los nombres de las víctimas identificadas en el mismo lugar del accidente —hizo notar Stanley.

Hooper contestó con apenas contenida violencia:

—Pues si no se ha facilitado todavía la tal lista, sin fundados motivos para suponer que el cuerpo de Sonderm falte entre los de las víctimas, ¿cómo se atreve a venir a molestar a la señora Sonderm pretendiendo que vaya a identificar un cadáver que sin duda no es el del señor Sonderm? ¿Existe acaso alguna duda de que

Sonderm llegara a subir a ese avión?

—Muchos le vieron subir, pero nadie le vio partir en aquel aparato. Después de todo, un hombre puede subir a un avión para volar a San Francisco, cambiar de parecer y apearse de nuevo antes que el aparato despegue, ¿no es cierto?

Tanto Hooper como la señora Sonderm guardaron ahora hostil silencio. Stanley agregó:

—Además, si no estamos mal informados, creemos que alguien hizo ayer tarde una denuncia a la Policía en el sentido de que el cadáver de Sonderm se encontraba sangrando sobre esta misma alfombra…

Stanley señaló la alfombra un poco raída en la cual descansaban sus pies. La señora Sonderm palideció mientras Hooper botaba en su asiento rojo de indignación:

—Acabemos, señor Rougeron. Si sus sospechas se fundan en esa denuncia absurda que alguien hizo a la Policía…

—Realmente parece absurda —dijo Stanley apaciguador—. Sólo que estando en juego una fuerte suma de dinero, nuestra Compañía se cree en el derecho de apurar hasta la última posibilidad de que Sonderm no muriera realmente en ese accidente de aviación.

—Supongo que es norma de las Compañías de Seguros tratar de eludir por cualquier medio las sumas que está obligada a pagar —dijo Hooper, con sarcasmo.

—Si nuestra Compañía está obligada a pagar, no le quepa ninguna duda que pagará —repuso Stanley poniéndose en pie. Miró a la señora Sonderm—. ¿Debo interpretar esto como una negativa suya a acompañarme para identificar ese cadáver?

Hooper dijo poniéndose a su vez en pie:

—Está poniéndose usted muy pesado, señor Rougeron. ¿A qué tenemos que echarle fuera a puntapiés?

—Dudo que usted fuera capaz de hacerme salir de esa manera, señor Hooper —dijo Stanley midiendo de arriba abajo con desdeñosa mirada a Hooper.

La señora Sonderm se alzó como mediadora diciendo con apresuramiento:

—Después de todo, Joseph, ¿por qué hemos de negarnos a complacer al señor Rougeron? ¿Hay acaso algo malo en que le acompañemos a ver ese cadáver?

Hooper miró a la mujer y luego al detective, apretando los dientes.

—Está bien —dijo con sequedad—. Usted gana. Vaya delante, señor Rougeron. Nosotros le seguimos en el automóvil de la señora Sonderm.

Stanley salió de la casa avanzando a través de la oscuridad del patio hasta el lugar donde había dejado su automóvil. Cerca se hallaba el automóvil de los Sonderm, un auto grande con altas y prominentes aletas traseras según estaba de moda en los modelos americanos de hacía un par de años. Stanley puso el motor de su coche europeo en marcha, pero en vez de partir enseguida se quedó esperando allí hasta que la señora Sonderm y Hooper salieron de la casa y avanzaron hacia el automóvil grande.

Entonces puso el «Dauphine» en marcha, cruzando lentamente el jardín.

Mientras bajaba a poca velocidad por Riverside Orive en dirección a Manhattan, el largo y aerodinámico auto de los Sonderm le alcanzó pasando junto al «Dauphine» haciendo sonar el claxon. Stanley se pegó literalmente a las luces de cola del auto que le precedía, y ya no se separó de éste hasta la zona del puerto, donde Stanley pasó delante para señalar el camino.

Stanley esperó a la señora Sonderm y a Hooper para acompañarles a través de la verja y el desigual patio de adoquines hasta el sombrío edificio que él ya había visitado aquella mañana.

El empleado uniformado que les recibió no era el mismo de aquella mañana. Stanley preguntó por el doctor Herter.

—El doctor Herter terminó su turno a las dos de la tarde —le dijeron.

—Bien, no importa. Vinimos sólo a ver ese cadáver que la Policía pescó esta madrugada en el puerto. Supongo que el cuerpo seguirá todavía sin identificar.

—En efecto, nadie ha venido a identificarle todavía. Tengan la bondad de pasar a esa sala y enseguida traemos el cadáver.

Los visitantes fueron introducidos en una fría y desmantelada sala donde las paredes estaban cubiertas hasta el techo de losetas sanitarias, siendo el piso de liso y húmedo cemento. Allí, una solitaria bombilla pendía del techo sobre una mesa de mármol.

Friolera, la señora Sonderm se arrebujó en su abrigo de pieles y

mientras miraba con aprensión en torno suyo, Stanley la oyó castañetear los dientes. La habitación era realmente fría y húmeda, pero aparte de esta sensación real, había otra que parecía trascender de los lisos muros y la pétrea mesa, tal como si todo cuanto les rodeara estuviera impregnado del olor y el frío de la muerte.

Transcurridos algunos minutos, la cabeza del empleado que les había recibido asomó por la puerta.

—No puedo comprender lo que ocurre —dijo el hombre, excitado—. No encontramos el cadáver.

—¿Cómo? —chilló Stanley.

—Ha desaparecido.

—¿Cómo puede desaparecer un cadáver? —protestó Stanley—. ¿No lo habrán trasladado a otro lugar?

—Alguien sacó el cadáver de la cámara frigorífica y puso en su lugar unos rollos de cuerda bajo la sábana. Voy a avisar a Prefectura…

El hombre se marchó corriendo. Stanley se volvió a mirar a sus acompañantes…

—Puesto que no hay cadáver al cual identificar… —empezó diciendo Hooper vacilante.

—Pero ¿cómo puede haber desaparecido? ¿Quién se lo llevó? —exclamó la señora Sonderm atónita.

Stanley observó críticamente la actitud de la mujer. Ella no sólo parecía sorprendida, sino que estaba realmente asustada. Sus ojos buscaron los de Hooper interrogantes. La expresión de Hooper era inescrutable.

—Dígame una cosa, Hooper —dijo Stanley—. ¿Seguro que no estuvo antes en este edificio?

—¿Qué quiere decir? —saltó Hooper clavando en él sus ojos furiosos—. No estará pensando que yo me llevé ese cadáver, ¿verdad?

—Sí, eso precisamente estaba pensando.

—¡Oiga, Rougeron, ya me está cansando con toda esa serie de veladas insinuaciones! ¿Qué pretende demostrar, vamos a ver? ¿O llegó a creer formalmente que Sonderm pudo morir en Nueva York y era el suyo el cadáver que la Policía pescó en la bahía?

—No sólo creo que ése era el cadáver de Sonderm, sino que

estoy seguro de ello.

—¿Por qué no espera a que el cuerpo de Sonderm sea rescatado entre los restos del avión, en vez de ponerse a hacer afirmaciones tan peligrosas?

—¿Esperar dice? ¡Oh, acaba de darme usted una gran idea, señor Hooper! Por supuesto que ya sé dónde encontraremos de nuevo ese cadáver juguetón.

—¿Sí?

—¡Junto a los restos del aparato siniestrado en Nueva Jersey! Le apuesto mi automóvil contra el suyo a que reaparece justamente allí.

—No tengo automóvil —fue la seca respuesta de Hooper.

—¿No? —Stanley se quedó mirando a Hooper de hito en hito—. En tal caso, probablemente, utilizó usted el automóvil de la señora Sonderm.

—¿Que utilicé ese automóvil, para qué? —interrogó Hooper frunciendo el ceño.

—Para sacar ese cadáver de aquí.

La sorpresa y la indignación dejaron aplanado a Hooper por el momento. Dijo Stanley volviéndose hacia la dama:

—Señora Sonderm, ¿quiere dejarme las llaves de su automóvil?

—Rougeron —rugió Hooper entre sus dientes apretados—. ¡Le aseguro que está apurando mi paciencia!

—Pero ¿me van a dar esas llaves, sí o no? ¿O quieren que llame a la Policía para que sea ella quien registre el baúl de ese automóvil?

Hooper parecía dispuesto a saltar sobre el cuello del detective cuando la señora Sonderm dijo:

—Dale las llaves, Joseph. Es preferible que el señor Rougeron se convenza por sí mismo.

Hooper sacó del bolsillo del abrigo un manojo de llaves que tendió con movimiento brusco lleno de contenida rabia.

—¡Tome! Registre cuanto quiera y líbrenos de una vez de su importuna presencia.

En el momento de tomar el manojo de pequeñas llaves, Stanley tuvo la certeza de que no sería en el baúl del coche donde encontraría el cadáver de Sonderm. Dudó un instante con las llaves en la mano, entre devolverlas y disculparse, o salir y registrar el

baúl. ¿Más por qué había de disculparse? Aquel ofrecimiento podía ser un alarde de audacia de parte de los asesinos de Sonderm. Estaba seguro de que la pareja, o uno de ellos al menos, con la complicidad del otro, habían matado a Frederick Sonderm. ¿Por qué andarse con tantas contemplaciones?

—Con su permiso, registraré el coche —dijo.

Salió del edificio al patio donde los autos habían quedado estacionados. En el momento de introducir la llave en la cerradura del baúl del coche le atacó súbita y enfadosa ansiedad. «Al diablo», se dijo.

Y tiró hacia arriba de la tapa del baúl.

El baúl estaba vacío, si se exceptuaba la llanta de recambio, el gato para levantar las ruedas y un paquete de herramientas envueltas en una bolsa de lona.

—¿Se ha convencido usted ya, señor detective?

Era la voz sarcástica de Hooper la que sonaba a espaldas de Stanley. Detrás de Hooper, tiritando de frío, estaba la señora Sonderm.

En silencio, Stanley dejó caer la tapa del baúl, sacó las llaves y se las tendió a la mujer.

—Eso era todo… por ahora —dijo entre dientes amenazador.

Al volver a su coche, esta vez Rougeron no esperó a la pareja. El «Dauphine» salió rugiendo por la puerta de la verja, y acto seguido se oyó el gemido de las llantas al arrastrarse sobre el pavimento mojado.

Por sólo unos centímetros, Stanley no había estrellado su auto contra su pesado camión que a su vez acababa de echar los frenos con violencia.

Un hombre asomó por la ventanilla del camión y empezó a gritar insultos contra el imprudente conductor del turismo. Stanley abrió la portezuela inmediata al volante, sacó la cabeza y gritó:

—¡Está bien, usted tiene toda la razón! Aparte ese maldito trasto y acabemos de una vez.

Mascullando reniegos y maldiciones contra todos los conductores de aquellos diminutos autos europeos que iban a meterse a cada paso entre las ruedas de los camiones, el camionero puso en marcha su vehículo dejando paso a Rougeron.

Mientras conducía a lo largo del muelle, la saeta del velocímetro

del «Dauphine» sobrepasaba peligrosamente los sesenta kilómetros a la hora.

«Calma, Rougeron, muchacho», se dijo Stanley.

El pie cedió en su presión sobre el acelerador y el auto color guinda pasó a una velocidad más moderada.

CAPÍTULO V

Cuando Stanley Rougeron detenía su auto ante el establecimiento de «Sonderm, Ullman y Co.», vio a Elizabeth Werner que se destacaba del portal y cruzaba la acera hacia él. Stanley abrió la portezuela.

—Hola, buenas tardes —dijo la chica introduciéndose en el coche hasta el asiento contiguo al de Stanley—. Cerramos hace más de diez minutos, pero me quedé esperándole en la confianza de que vendría.

—Bess, voy a llevarla a su casa —dijo Stanley contrariado—. He de salir inmediatamente hacia Nueva Jersey, al lugar del accidente.

—¿Pudieron por fin identificar ese cadáver del depósito? —preguntó ella mientras el detective hacía arrancar el auto.

—¿Qué cadáver? —Gruñó Stanley sordamente—. Allí no hay ningún cadáver.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que alguien madrugó más y se llevó el fiambre. Cuando llegué allí acompañado de la señora Sonderm, el cadáver había desaparecido. Se lo habían llevado. Secuestrado, ¿comprende?

—¡Dios bendito! ¿Cómo puede haber ocurrido eso? ¿Quién se lo llevó?

—La señora Sonderm y su amigo Hooper, seguramente. ¿Conoce usted a ese Hooper?

—No. ¿Quién es?

—Un amigo de la viuda, un tipo antipático que siempre va con ella y no la deja ni a sol ni a sombra. Naturalmente, ellos saben a dónde fue a parar el cadáver… y creo que yo también lo sé. Lo que no comprendo es cómo pudieron hacerlo.

—Stanley, por Dios. Me está hablando usted en jeroglífico. ¿Qué

ocurrió en realidad?

—Nada más que eso. El cadáver que yo había logrado identificar como el de Sonderm ya no estaba allí cuando llegamos. Pensé que podía estar en el baúl del coche de la viuda, pero me tiré una plancha. El cadáver no estaba allí. Entonces me fui a todo gas a la mansión de los Sonderm, entré por la ventana en el sótano y registré toda la casa. Tenía la esperanza de dar con el cadáver, pero no estaba allí. Y tampoco estaba la alfombra manchada de sangre que vimos anoche. Evidentemente, los asesinos debieron destruirla después de habernos marchado nosotros.

—¿Sigue creyendo que Sonderm murió en su propia casa a manos de su mujer? —preguntó Elizabeth.

—Seguro que fueron ellos. La señora Sonderm, su amigo Hooper o los dos. Frederick Sonderm debía estar enterado de esa amistad de su mujer con Joseph Hooper. Tal vez en el último momento, cuando se disponía a salir hacia San Francisco, tuvo la sospecha de que su esposa aprovecharía su ausencia para encontrarse con Hooper. Sonderm debió apearse del avión, tomar un taxi y presentarse inesperadamente en su casa. Allí encontraría a su esposa amartelada con su amigo; Tal vez se produjo allí una escena de celos en la que Sonderm llevó la peor parte. Hooper o la señora Sonderm le golpearon en la cabeza con el atizador… Lo que no comprendo es cómo fueron tan descuidados que dejaron la puerta abierta.

—Posiblemente llegada les asustó —insinuó Bessy—. Ellos me vieron. Y luego ese Hooper debió pensar que podía hacerme callar amenazándome por teléfono.

—Lo malo de todo esto es que hemos perdido la mayor parte de las pruebas de convicción. Aquel atizador ensangrentado que usted vio junto al cadáver, la alfombra ensangrentada, el mismo cadáver de Sonderm…, todas esas pruebas habrían bastado para condenar a la señora Sonderm y su cómplice si hubiésemos podido retenerlas. Fue un error de nuestra parte no avisar inmediatamente a la Policía.

—Comprendo su estado de ánimo —murmuró la muchacha—. Yo le até injustamente a la promesa de que nada diría a la Policía por temor a que el asesino cumpliera la amenaza que me hizo por teléfono…

—Nos queda la ficha de identificación que se hizo del cadáver en el depósito. Esa ficha corresponde exactamente a la que el doctor

Balmain tiene en su archivo. Mi Compañía apelará a esa prueba y el testimonio de usted para demostrar que Sonderm halló la muerte en su propia casa. Pero contra la presencia del cadáver en el lugar del accidente del avión, será muy difícil que alguien nos crea. Mi testimonio en este caso no vale mucho teniendo en cuenta que soy un empleado de la Compañía aseguradora. Y un abogado hábil encontrará la forma de hacerla parecer a usted como cómplice mía en un esfuerzo en común para eludir el pago de esos cien mil dólares de la póliza que la víctima contrató minutos antes de tomar el avión.

—Así, ¿usted espera que el cadáver que desapareció del depósito aparezca repentinamente en el mismo lugar del accidente del avión?

—Estoy seguro de que aparecerá allí.

Los dos guardaron silencio. En este momento llegaban ante el edificio de apartamientos donde vivía Elizabeth. Stanley detuvo el auto junto al bordillo de la acera.

—Sólo me falta comprobarlo yendo ahora mismo al lugar donde cayó el avión —dijo Stanley—. Tendrá que apearse usted, Bess.

La muchacha no se movió. Mirando preocupada ante sí dijo:

—¿Puedo acompañarle, Stanley?

Él la miró con sorpresa.

—¿Quiere usted venir? Regresaremos tarde.

—No importa. Dejaré un recado en la portería para mi compañera de habitación.

Antes que Stanley pudiera decir «sí» o «no», ya había saltado Bessy del coche y cruzaba la acera hasta el portal, por donde desaparecía para volver a aparecer diez minutos más tarde.

—Todo arreglado. Vamos ya —dijo la chica metiéndose en el coche.

Stanley refunfuñó mientras ponía en marcha el vehículo. Cruzando Manhattan de este a oeste, pasaron por el túnel Lincoln bajo el Hudson y tomaron la carretera número tres del vecino Estado de Nueva Jersey.

La noche era muy oscura y si bien no llovía en aquel momento, el tiempo parecía presagiar que no lardaría en hacerlo. Hacía un frío intenso y un fuerte viento del noroeste levantaba remolinos de hojas secas ante los faros del automóvil.

En Hanover, a veinte millas de Nueva York, empezó a llover. Unas millas más allá, Stanley detuvo el coche en un cruce ante una estación de servicio para reaprovisionarse de gasolina. Un hombre con un mono y una chaqueta de cuero salió de la caseta acudiendo a la llamada perentoria del claxon.

Volvieron a reanudar la marcha con el depósito de esencia lleno. La lluvia iba arreciando a medida que avanzaban hacia el oeste. El silencio de Stanley, el ronroneo del motor a sus espaldas y la brillante luz en los focos sobre el asfalto mojado, acabaron por vencer a Bessy, quien en realidad no había pegado ojo la noche anterior.

Dos horas más tarde Stanley detenía el auto ante un parador para automovilistas. Bessy despertó.

—¿Dónde estamos?

—Cerca del lugar del accidente según creo. Vamos a apearnos. Tomaremos informes y de paso comeremos algo. Usted no ha cenado, y yo tampoco.

Teniendo en cuenta lo desapacible del tiempo, la hora y el poco tránsito de aquella carretera, el parador resultó estar muy animado. Muchos de los clientes eran periodistas, pero había también policías y otras personas que por el tono de su conversación dejaban presumir que eran familiares de las víctimas del accidente.

El dueño del parador informó detalladamente a Stanley acerca del camino que debían tomar para llegar hasta los restos del avión siniestrado.

Después de cenar apresuradamente, volvieron al coche reanudando el viaje bajo la lluvia.

La carretera, a partir de allí presentaba numerosas curvas a derecha e izquierda elevándose continuamente. En lo más alto de la montaña encontraron una bifurcación a un lado, en la cual se cruzaron con una ambulancia.

Incluso sin los informes que tomaron en el parador, habrían comprendido por la presencia de la ambulancia que aquél era el camino que conducía al lugar del accidente. Stanley tomó aquel camino.

La carretera era ahora de tierra y descendía describiendo cerradas curvas. Conducir por aquel terreno resbaladizo y aquel camino estrecho requirió toda la pericia y atención de Stanley.

Poco después, el coche desembocaba en una explanada donde había estacionados gran número de vehículos, ambulancias, autos-grúa, turismos y coches de la policía. Elevábase a su derecha un escarpado montículo, a la izquierda una abrupta ladera y al fondo de ésta una profunda barranca.

Desde la explanada, varios reflectores iluminaban la maleza del fondo del barranco. A la luz de los focos, varios hombres con impermeables iban de un lado a otro bajo la cortina de la lluvia que dificultaba su misión. Había barro por todas partes.

Stanley condujo el coche con cuidado sobre una capa de barro, estacionó el vehículo junto a un árbol y paró el motor.

—Será mejor que aguarde aquí, Bessy. Va a ponerse perdida de barro —dijo Stanley.

—¿Qué dice? No querrá que vaya a quedarme sola aquí. —Se subió el cuello de la gabardina y se puso un pañuelo impermeable a la cabeza, abriendo la portezuela y saltando a tierra.

Aunque la noche era oscura, la explanada quedaba iluminada por el resplandor de los reflectores y los focos de los automóviles. Elizabeth rodeó rápida el coche para cogerse del brazo de su acompañante.

Cerca del borde del barranco, entre éste y un par de grandes máquinas terraplenadoras, vieron dos grandes tiendas de lona cuyo interior estaba iluminado por lámparas de gasolina. Ante una de las tiendas se veía un numeroso grupo de gente.

Pasando por encima del barrizal atravesaron la explanada hasta el borde del barranco donde estaban las tiendas. Desde allí podía verse la ladera opuesta del barranco, y en ella varias luces que se movían de un lado a otro arrancando plateados reflejos de los dispersos restos de metal retorcido.

Por la ladera del lado de acá culminaron la pendiente siete u ocho hombres cuyos impermeables estaban llenos de barro, llevando entre todos una camilla en la que yacía un cadáver.

Una voz anunció:

—Hemos rescatado al último de los viajeros.

El cadáver pasó por delante de Stanley, pero éste no pudo verlo. El grupo llegó hasta la tienda de lona. Se oyó un sollozo de mujer. Tirando del brazo de la muchacha, Stanley se la llevó en dirección al grupo de gente que había rodeado al último cadáver sacado del

barranco. Una mano oprimió el brazo de Rougeron. Éste se volvió, encontrándose ante Robert Ullman.

—¿Ustedes por aquí? ¿También usted, señorita Werner? —dijo Ullman.

Alguien vino abriéndose paso entre el corro que formaban periodistas, policías y curiosos. Era Stan Hilton.

—Ya han encontrado el cadáver de Sonderm —anunció Hilton con voz compungida—. Su mujer le ha identificado. ¿Usted aquí, *Miss* Werner?

Stanley se separó de los dos socios, empujando con los dos codos para acercarse al cadáver que yacía sobre la camilla bajo el haz de las linternas. De manos a boca se tropezó con la señora Sonderm, la cual le reconoció y dijo:

—Ahí lo tiene usted, señor Rougeron. ¡Ojalá mi pobre marido no hubiera tomado nunca ese aeroplano! —sollozó la señora Sonderm.

Stanley la miró a la cara, la mujer contraía la boca en una mueca amarga, pero en verdad no podía saberse si lloraba, pues la lluvia mojaba su rostro y se escurría formando pequeños regueros por su rostro.

Stanley le volvió la espalda saliendo del círculo para reunirse de nuevo con Bessy.

—¿Era el cadáver de Sonderm? —preguntó la muchacha.

—¿Qué duda cabe? Ni siquiera lo he mirado. La señora Sonderm jamás identificaría como el de su marido un cadáver que no lo fuera, ¿verdad?

La chica guardó silencio. Ullman dijo:

—Me parece que después de esto estamos de sobra aquí. Esta maldita lluvia me ha calado hasta los huesos. Yo me vuelvo a la ciudad.

—Desde luego, yo también —dijo Hilton.

Los dos hombres se alejaron bajo la sombría mirada del detective.

—Me gustaría saber qué vinieron ésos a buscar aquí —dijo Stanley entre dientes.

—Después de todo, Sonderm era su socio y amigo —dijo Bessy —. Además, estaban muy preocupados por la suerte que pudieran haber corrido los diamantes.

—Bueno, vámonos nosotros también. Como ellos, nada tenemos

que hacer aquí.

Lentamente, pisando sobre el barro arcilloso y resbaladizo, regresaron al «Dauphine». Siempre en sombrío silencio, Stanley hizo arrancar el motor, puso la primera velocidad y sacó despacio el vehículo a través de la explanada hacia el camino.

—Stanley, ¿está enfadado conmigo? —preguntó la muchacha mientras el auto roncaba en segunda velocidad por la empinada y tortuosa carretera.

—¿Por qué dice eso?

—Fue culpa mía si usted no acudió inmediatamente a la Policía para denunciar el caso. «Ellos» ahora han lograda echar tierra sobre su delito. Después de esta noche, ¿quién querrá creer que Sonderm halló la muerte en su propia casa, y no entre los restos del avión donde su cuerpo acaba de ser encontrado?

—¡Oh, espere! No crea que el asunto termina aquí. Los que mataron a Sonderm cometieron varios errores. Lucharé hasta el final y les cogeré por cualquiera de ellos.

El coche alcanzó la carretera principal y Stanley aceleró en el trecho llano antes de llegar a la cuesta. Seguía lloviendo y la carretera estaba mojada y resbaladiza. La primera curva era abierta y Stanley aceleró dentro de ella para lograr una mayor adherencia de los neumáticos al terreno.

Al salir de la curva, el «Dauphine» se embaló en la larga y pronunciada pendiente. Antes de llegar a la próxima curva Stanley consideró que el auto iba demasiado aprisa y tanteó suavemente el freno.

El freno no obedeció y el coche entró en la curva a una velocidad escalofriante.

—¡Stanley, cuidado, nos vamos a matar! —gritó Bessy asustada.

Stanley pudo evitar por cuestión de pulgadas que el coche se saliera de la carretera. La pendiente se hizo más pronunciada a corta distancia de una segunda curva a la izquierda. Stanley no podía, desembragar en este momento para meter la segunda velocidad sin riesgo de verse despedido de la carretera y cayendo por el barranco. A todo evento había que tomar aquella curva como viniese… Y la tomó.

Las llantas chirriaron sobre el asfalto mojado. En el momento que el coche salía de la carretera Bessy lanzó un grito agudo. Todo

ocurrió en un segundo.

El «Dauphine» saltó en el vacío y empezó a rodar ladera abajo con horrible fragor de cristales rotos y piezas metálicas que se abollaban. En su interior, Stanley se aferraba al inútil volante esperando el horrible golpe final. Pero este golpe no llegó a producirse, porque la ladera era más suave y más corta de lo que cabía temer.

Después de haber dado cuatro o cinco vueltas de campana, el auto quedó inmóvil con las ruedas en alto y sus dos pasajeros en confuso montón sobre el techo que ahora estaba bajo ellos.

Apenas salido de su aturdimiento, Stanley sintió el olor a gasolina elevándose penetrante sobre todas sus demás sensaciones de dolor, temor y confusión. Habían quedado a oscuras, pero de pronto una llama brotó en alguna parte de atrás, y un fulgor rojizo les alumbró.

—¡Bess! ¡Bess! —gritó lleno de espanto.

La muchacha estaba debajo de él y rebulló soltando un gemido.

—Bessy, ¿se encuentra bien?

—Sí. ¡Oh, creo que sí! —gimió la chica.

—Voy a tratar de abrir esa portezuela.

Stanley se calló para sí sus temores de que el fuego de la gasolina les alcanzara antes que pudieran salir de su mortal encierro. El techo, abollado, había encajado fuertemente la portezuela. Stanley comprobó pronto que en modo alguno podría abrir aquella portezuela sin ayuda exterior. Y el incendio se propagaba rápidamente reduciendo sus minutos y sus probabilidades de escapatoria.

—Stanley, el coche se ha incendiado —musitó la chica llena de terror.

—Lo sé. Vamos a tratar de salir arrastrándonos por esta ventanilla. Apártese para que pueda quitar los fragmentos de cristal con el pie. Y por Dios, no se asuste ahora cuando más falta hace que nos mantengamos serenos.

Esta llamada a la serenidad de la muchacha surtió su efecto. Bess guardó silencio, mientras ti en una posición violenta arrancaba a patadas los afilados pedazos de cristal.

—Usted primero, Bessy. Arrástrese por el suelo y trate de salir por aquí.

El fuego crepitaba detrás de ellos y su calor empezaba a dejarse sentir a través de las delgadas planchas de metal. Por fortuna para ellos no estaban solos.

Arriba en la carretera, un coche se había detenido y dos hombres bajaban corriendo por la resbaladiza ladera hacia el coche que ardía en el fondo del barranco. Uno de los hombres llegó junto al coche a tiempo de coger a Elizabeth Werner por los brazos y tirar de ella sacándola a rastras por el hueco de la ventanilla.

—¡Aprisa! ¡Aprisa! —No cesaba de repetir el otro hombre dando nerviosas manotadas.

Un par de manos cogieron las muñecas de Stanley y le sacaron arrastrando por el mismo estrecho conducto por donde había salido la chica. Lo pusieron en pie y lo empujaron.

—¡Alejémonos, el depósito debe estallar de un momento a otro! —gritó uno de los hombres.

Cojeando, Stanley siguió a Bessy y a sus providenciales salvadores alejándose del auto incendiado.

Encontrándose a media ladera brilló un fogonazo y se percibió una explosión.

El depósito del «Dauphine» acababa de explotar.

—De buena nos hemos librado —dijo Stanley jadeante deteniéndose para mirar atrás la hoguera en que ardía su coche—. Bien podemos decir que hoy nacimos por segunda vez.

Arriba, en la carretera, se dejó oír el alarido de una sirena. Un coche de la policía con una luz roja intermitente en el techo, apareció en la curva y frenó bruscamente detrás del automóvil que estaba detenido en el filo del barranco.

Dos agentes uniformados saltaron del coche y vinieron apresuradamente al encuentro de los siniestrados y sus salvadores.

—¿Hubo víctimas? —preguntó uno de los policías.

—Ninguna, gracias a estos dos amigos que acudieron a tiempo para sacarnos del coche —dijo Stanley—. La señorita Werner y yo éramos los únicos ocupantes.

—Guiaba usted uno de esos coches europeos, ¿no es cierto? —interrogó el policía—. No comprendo cómo la gente se fía de esos autos extranjeros. Luego que usted arrancó, mi compañero y yo vimos una mancha en el barro en el lugar donde había estado estacionado su coche. En seguida comprendimos que había perdido

usted el líquido de sus frenos hidráulicos. Temiendo que no se hubiera dado cuenta, salimos inmediatamente por ver si todavía podíamos alcanzarle.

—¿Dicen ustedes que había líquido de mis frenos en el lugar donde estacioné? —exclamó Stanley incrédulo—. Es muy extraño. Hace apenas tres días que revisé completamente mis frenos.

—Sin embargo el líquido se derramó. ¿Cuáles fueron las causas de su accidente?

—Los frenos, por supuesto —dijo Stanley. Y una terrible sospecha cruzó por su pensamiento, aunque se abstuvo de decir nada.

—¿Son ustedes de Nueva York? Suban a nuestro automóvil. Les llevaremos un trecho.

—Nosotros somos de Nueva York —dijo uno de los providenciales salvadores de Stanley y la señorita Werner—. Si quieren podemos llevarles hasta allí.

Stanley aceptó la invitación de sus salvadores. Según supieron más tarde, se trataba de dos hermanos cuyo padre había perecido en la catástrofe aérea. Mientras viajaban hacia Nueva York, los hermanos Thornton se expresaron en términos indignados contra los autores de la catástrofe.

—Si es cierto que el avión se estrelló debido a la explosión de una bomba, el que lo hizo merece que le ahorquen cien veces —dijo vino de ellos.

En el asiento posterior, todavía bajo los efectos del susto, Elizabeth Werner y Stanley Rougeron guardaban silencio.

Eran pasadas las cuatro de la madrugada cuando los amables hermanos Thornton depositaron a sus pasajeros delante del portal de la casa de apartamientos donde habitaba Elizabeth.

—La acompañaré hasta arriba —dijo Stanley cuando quedaron solos, después de despedirse de sus salvadores.

Subieron en silencio por la escalera. Bessy había perdido su bolso en el accidente y, por tanto, tuvo que llamar para que le abriera su compañera de habitación. Kattie Ellis salió a abrir.

Iba envuelta en un batín y se quedó mirando con expresión sorprendida a su amiga.

Bess Werner llevaba la gabardina hecha jirones, el rostro manchado y lleno de arañazos y los zapatos y las medias llenas de

barro.

—¡Virgen Santísima! ¿De dónde vienes con esa facha? ¿Has estado en la guerra de Corea? —exclamó Kattie.

—Kattie, por Dios. Luego te explicaré —dijo Bessy.

Kattie Ellis levantó los hombros y se metió en el piso dejando entornada la puerta.

Dijo Bessy mirando al detective:

—¿Qué quiso decir el policía con aquello del líquido derramado de los frenos de su coche?

—El policía insinuó la posibilidad de una avería, pero para mí no hubo tal. Creo más bien que alguien quitó el tapón del depósito de mi sistema hidráulico con el deliberado propósito de inutilizarme los frenos. Tal vez el que lo hizo pensara que íbamos a matarnos en aquellas endiabladas curvas… y bien sabe Dios que faltó muy poco para que así fuera.

—¿Quiere decir que intentaron matarnos? —exclamó Bessy asustada.

—Sí. Y es natural que así se lo propusieran, pues usted y yo somos por ahora los únicos testigos que pueden perjudicar al asesino de Sonderm.

Bessy guardó silencio aterrada. Stanley metió la mano en el bolsillo de su abrigo sacando un objeto niquelado, que tendió a la muchacha. Se trataba de un revólver de corto y grueso cañón.

—Tome esta pistola y guárdela. Llévela siempre consigo en el bolso por lo que pudiera pasar. Temo que nuestras vidas no estén muy seguras de ahora en adelante.

—¿Luego usted cree…? —Bessy se interrumpió vacilando. Luego apretó los labios y tomó la pistola.

Stanley la miró a los ojos. Inesperadamente se inclinó sobre ella y la besó en los labios. La muchacha no opuso resistencia esta vez.

—Buenas noches, Bess —dijo Stanley apretándole una mano.

—Buenas noches —murmuró Bessy sonrojándose.

Entró en el apartamiento y cerró suavemente tras sí.

Stanley bajó por la escalera a la calle. Había dejado de llover y el viento empujaba las nubes entre las que asomaban tímidamente algunas estrellas.

Cerca de allí había una parada de taxis. Stanley tomó uno y quince minutos más tarde saltaba a la acera ante su propio edificio.

Apenas hubo entrado en su apartamiento, Stanley se dirigió al teléfono para marcar el número de Hans Lader.

El teléfono repicó insistentemente un buen rato antes que la voz soñolienta de Lader sonara al otro extremo de la línea.

—¿Diga?

—Soy Rougeron —dijo Stanley. Y relató a su jefe los últimos acontecimientos del día, incluido el accidente de que había sido víctima.

—Bueno, Stanley —suspiró Lader—. Todavía estoy demasiado soñoliento para comprenderlo todo. También usted estará cansado. Vamos a dormir y ya discutiremos mañana, con la cabeza más despejada, los diversos aspectos de este embrollado problema.

Stanley colgó el teléfono, encendió un cigarrillo y se quitó los embarrados zapatos para tenderse cuan largo era en el diván.

Al darse cuenta que se estaba durmiendo dejó el cigarrillo en el cenicero. Se dijo: «Voy a ir hasta la cama». Pero quedó profundamente dormido sin fuerzas para moverse.

CAPÍTULO VI

Stanley no se apresuró mucho a la mañana siguiente para ir a la oficina. Necesitaba estar solo para concentrarse en sí mismo, pero incluso en su soledad no encontraba el punto de inspiración necesario para resolver a favor de su Compañía el embrollado caso Sonderm.

El teléfono repicó a las diez cuando Stanley leía el periódico cómodamente arrellanado en el diván.

La voz indignada de Hans Lader clamó desde el extremo opuesto de la línea:

—¿Quiere que le envíe a nuestra secretaria para que le sirva el desayuno y le haga el nudo de la corbata, Rougeron? ¿Por qué no está usted aquí? Pasan de las diez de la mañana.

—Sí, hace dos minutos que dieron las diez —contestó Stanley alegremente.

—He estado pensando en ese condenado asunto. Pásese por casa de Ellery Barton, tráigalo aquí y vamos a ver si ensamblamos las distintas piezas de este rompecabezas.

—Está bien.

Dos minutos más tarde Stanley se encontraba de pie en el bordillo de la acera haciendo señas a un taxi amarillo. El taxi se detuvo y mientras se metía en él, Stanley dio al conductor las señas de Ellery Barton.

Hacía una mañana típicamente invernal con viento frío del norte y un cielo encapotado que presagiaba no tardaría en nevar.

—Espere aquí mismo —dijo Stanley al taxista al apearse ante la casa de vecindad donde habitaba Barton.

Ante la puerta del piso de Barton estaban todavía la botella de leche y el periódico de la mañana. Llamó al timbre. Nadie contestó.

Después de la tercera llamada oyó a alguien que bajaba por la escalera. Era el conserje.

—¿Sabe usted si el señor Barton está en casa?

El hombre miró extrañado el periódico y la botella de leche que estaba en el suelo.

Sacando una llave del bolsillo, el conserje refunfuñó:

—Nunca madruga demasiado. Se emborracha por la noche y tarda en despertarse al día siguiente.

El hombre metió la llave en la cerradura y abrió.

—¿Señor Barton? —llamó el conserje desde el umbral de la puerta.

Nadie contestó. Stanley miró por encima del hombro del conserje. La lámpara de lectura estaba encendida junto al sofá. Sobre la mesa había restos de comida, una botella de *whisky* y un vaso. La cama estaba deshecha y revuelta.

El conserje avanzó dentro de la habitación. Stanley le siguió. Dos puertas daban a la única habitación; una correspondiente a la cocina, la otra al cuarto de baño, y empujó. Sus ojos se abrieron. Luego su voz anunció roncamente:

—No es necesario que siga buscando. El señor Barton está aquí.

El conserje miró por encima del hombro de Stanley y retrocedió lanzando una ahogada exclamación de horror.

En efecto, allí estaba Ellery Barton… colgando de un cinturón que previamente había atado a la tubería de la ducha junto al techo. Tenía los ojos abiertos, vidriosos. A sus pies había una banqueta volcada.

—¡Santo Dios! —exclamó el conserje—. ¡Se ahorcó!

—No toque nada —dijo Stanley.

Fue al teléfono, marcó el número de la Policía y esperó con el auricular en el oído hasta que oyó la voz consabida diciendo:

—Aquí la policía. ¿Quién llama?

Stanley expuso con brevedad y concisión lo ocurrido y terminó diciendo:

—Espero aquí.

El conserje permanecía inmóvil en el centro de la habitación.

—Vaya abajo, espere a que lleguen los agentes y guíelos hasta aquí —dijo Stanley—. Cierre la puerta al salir.

Al quedar solo, Stanley se puso a registrar en los cajones de los

muebles. Barton guardaba pocos papeles y la mayoría de ellos eran facturas por diversidad de conceptos. En un armario encontró un par de trajes en buen estado, y en el bolsillo de uno de éstos un sobre conteniendo dólares.

Mientras efectuada el registro, el pensamiento de Stanley no se apartaba del hombre que colgaba del cinturón en el contiguo cuarto de baño. Se preguntaba si Ellery Barton, con su innata cobardía, habría encontrado en el alcohol el estímulo necesario para decidirse a poner fin a su vida. Después que encontró aquel dinero, una sospecha tomó fuerza en el pensamiento de Stanley. ¿Iba a suicidarse Ellery Barton teniendo en el bolsillo quinientos dólares?

Una sirena se acercaba por la calle. Stanley cerró el armario y los cajones y esperó que llamaran a la puerta. Poco después, la habitación se llenaba de agentes.

El inspector se sentó en una silla. Era un hombre alto, cuidadosamente afeitado y demasiado elegante para la idea que la gente solía tener de un policía. Fisher escuchó sin parpadear el relato de Stanley, examinó su licencia y tomó nota de su dirección y de la Compañía para la que trabajaba.

—Ya le llamaremos si más tarde le necesitamos, señor Rougeron —dijo finalmente el inspector despidiéndole con un gesto.

Stanley abandonó el piso volviendo a la calle. Encontró al taxista esperándole de pie junto a la portezuela abierta del automóvil.

—Ya estaba pensando que no volvería usted —dijo el hombre malhumorado.

Stanley le dio la dirección de la Compañía de Seguros.

En la oficina, la secretaria de Lader sacudió los dedos al ver entrar a Stanley.

—¡Pues de un humor el jefe…! —dijo la luminosa rubia.

Stanley, en efecto, encontró a Hans Lader de un humor de perros.

—Vamos a ver si llegamos a una conclusión —dijo Lader desabridamente. Miró detrás del detective—. ¿No vino Barton con usted?

—No. Barton no pudo venir.

—¿Por qué razón? ¿Estaba borracho también esta vez?

—Mucho peor que eso: estaba muerto.

—¿Quéééé?

—Ahorcado. —Stanley se pasó el índice alrededor del cuello—. Se colgó.

Lader se dejó caer anonadado en el asiento.

—Tenía que acabar así —murmuró—. Era un hombre extraño, dominado por extrañas ideas y manías. Creía hacer una obra humanitaria cuando le empleé pese a sus malos antecedentes. Pero al fin tenía que terminar así.

—Dígame una cosa, jefe. ¿Cuándo cobró Barton por última vez?

—¿Cobrar? Le di anticipos sobre su sueldo de dos meses. Nunca tenía un céntimo. Lo gastaba todo en *whisky*.

—Pues es extraño que tuviera quinientos dólares en el bolsillo de uno de sus trajes cuando se ahorcó.

Lader quedó mirando al detective de hito en hito.

—¿Qué está pensando usted, Stanley?

—Pienso por primera vez que Barton tuvo con el accidente del avión una relación más estrecha de lo que nunca pudimos sospechar. Todavía no sé dónde encaja Barton, pero es evidente que tuvo participación en el asunto, y más importante de lo que parece a simple vista.

—Vamos a dejar eso, Stanley. Me está embrollando usted el asunto de tal forma que ahora nos encontramos en un callejón sin salida. La verdad es que el cadáver de Sonderm se cuenta entre las víctimas de la catástrofe del avión. Los diamantes han desaparecido. Y he aquí que ahora vamos a tener que pagar por estos dos conceptos, doscientos mil dólares por el seguro de las joyas, y cien mil dólares por el seguro de vida que Sonderm contrató antes de tomar el avión. Nuestra Compañía tendrá que pagar en total trescientos mil dólares… y, como es natural, usted y yo seremos despedidos. Nos despedirán, y forzoso es reconocer que con toda justicia.

Stanley guardó silencio. También se sentía furioso, y en mitad de su desesperación, el hecho de que le despidieran no contaba apenas junto al bochorno de su evidente fracaso.

—En resumen, Stanley. Vamos a redactar un informe completo y a poner el asunto en manos de la Policía. Eso es lo que debíamos hacer desde el principio, y es probable que si lo hubiéramos hecho nos hubiésemos ahorrado muchos disgustos y pasos en falso.

—Sonderm fue asesinado aquí en Nueva York —dijo Stanley sordamente entre sus dientes apretados—. La señorita Werner le vio muerto. En mis manos tuve la alfombra manchada de sangre. El doctor Cunard del depósito de cadáveres redactó la ficha describiendo el cuerpo, y en el archivo del dentista de Sonderm figura una ficha cuyos datos coinciden con las observaciones de Cunard sobre la dentadura del muerto. Si con estos cuatro pilares no somos capaces de eludir el pago de esos trescientos mil dólares, es que somos unos borricos y merecemos que nos pongan a trabajar como descargadores en el muelle.

—Bueno, pues tome asiento ahí y prepárese para dictarle un informe completo a mi secretaria.

Stanley se resignó con su negra suerte dejándose caer en una de las butacas tapizadas de cuero. Creía que estaban perdiendo lastimosamente, el tiempo en la redacción de aquel informe, pero no se atrevió a protestar ante el exasperado Lader.

El informe, relatado prolijamente, quedó por concluir a la hora del «*lunch*».

—Vamos a tomar algo —dijo Hans Lader—. Proseguiremos después.

En el restaurante donde entraron, Stanley aprovechó para entrar en la cabina telefónica y llamar al domicilio de Bessy. Kattie Ellis se puso al aparato. Su compañera, dijo, había decidido no faltar a la oficina pese a tener dolorido todo el cuerpo de resultas del accidente de la noche anterior.

Stanley telefoneó a la oficina de los joyeros «Sonderm, Ullman y Co.», pero nadie contestó a su llamada. Y era natural que así fuera, pues en aquel momento los empleados de Ullman se encontraban fuera tomando el «*lunch*».

Stanley volvió refunfuñando a reunirse con Lader. Inmediatamente después de almorzar regresaron a la oficina, continuando la redacción del informe hasta las tres.

—Si ya hemos terminado, pido ahora carta blanca para actuar según mi criterio —dijo Stanley.

—Vaya a donde quiera y haga lo que le parezca —repuso Lader huraño.

Stanley cogió su sombrero y galio. Al tomar un taxi en la calle poco después, dio al conductor la dirección de la mansión de

Frederick Sonderm.

CAPÍTULO VII

Hooper salió a abrirle y al reconocerle se le quedó mirando de hito en hito.

—¿Puedo pasar? —preguntó Stanley alzando la barbilla.

—Es usted demasiado impertinente, Rougeron —habló al fin Hooper, agresivo—. ¿Qué viene a buscar aquí? Ya debería haberse dado cuenta de que no es persona grata en esta casa.

—Más vale que me deje pasar y avise a la señora Sonderm, porque no tardarán en venir otras personas todavía menos gratas que yo. Y es preciso que antes hable con ustedes.

—¿Antes de qué?

Stanley le miró fijamente.

—Antes de que venga la policía.

Hooper se dispuso a cerrar la puerta en las narices de Stanley, pero éste se lo impidió, dando un empujón a la puerta y colándose dentro de la casa.

Hooper se abalanzó sobre él, cogiéndole de las solapas.

—¡Maldito entrometido! —rugió—. ¿Quién se ha creído que es?

Stanley se soltó bruscamente y le dio un puñetazo en la barbilla. Al recibir el impacto, Hooper retrocedió dando traspiés a través del vestíbulo para caer sentado a los pies de la señora Sonderm que salía de la sala.

—Siento lo ocurrido, señora Sonderm —dijo—. Pero su amigo no me dejaba entrar. Y es preciso que hable con ustedes antes de que venga la policía.

La señora Sonderm palideció al oír a Stanley, miró a Hooper que se levantaba del suelo, y sacudiendo la cabeza le ordenó:

—Haz el favor de reportarte. Quiero enterarme de lo que Rougeron ha venido a decirnos. —Se volvió luego hacia el detective

y le invitó a entrar en la sala.

La señora Sonderm y el hosco Hooper se sentaron en el sofá. En una silla de enfrente, lo hizo Stanley.

—Vengo a que me hablen con sinceridad. Si lo hacen tal vez podamos evitar que los acusen de haber matado a los pasajeros del avión.

Elsie y Hooper se quedaron estupefactos y a juicio de Stanley eran sinceros esta vez.

—Repita eso —rogó Hooper, al parecer olvidado de su anterior belicosidad.

—Los técnicos que examinaron los restos del avión siniestrado, parecen de acuerdo en afirmar que el accidente no se debió a ningún fallo mecánico del aparato, sino a una explosión, posiblemente la de una bomba de relojería, que fue la que derribó el aparato. Los técnicos, en este momento, recogen los restos dispersos del avión. Creo que su propósito es ensamblarlos de nuevo a fin de saber con exactitud el lugar donde se produjo la explosión.

—¿Un acto de sabotaje, tal vez? —preguntó Hooper.

—Yo diría más bien un acto de maldad deliberada provocada por alguien que acaso tuviera interés en desembarazarse de alguno de los pasajeros —repuso Stanley mordazmente.

—¿Qué está pensando usted? —preguntó Hooper.

—Naturalmente, tratándose de un accidente provocado, la policía investigará los motivos que cada uno de los familiares o amigos de los pasajeros del avión pudieran tener para colocar una bomba… digamos, por ejemplo, en la maleta del marido que se dispone a salir en vuelo hacia San Francisco.

—¿Qué está insinuando, Rougeron, maldita sea? —rugió Hooper apretando sus puños amenazadores.

—No insinúo, señor Hooper. Digo solamente que ésta será una de las primeras casas que visite la policía. Momentos antes de tomar el avión, Sonderm tomó una póliza con prima de cien mil dólares en una de nuestras máquinas automáticas de las que ofrecen seguros en el aeropuerto. Puede que alguien establezca la debida correlación entre ese seguro que tomó el señor Sonderm y la forma misteriosa en que el avión fue precipitado a la catástrofe.

—¿Quiere decir que acusarán a la señora Sonderm de haber colocado una bomba en la maleta de su marido, sólo para cobrar los

cien mil dólares de esa póliza que él tomó en el aeropuerto? —chilló Hooper furioso.

—Sí.

La señora Sonderm protestó indignada:

—Eso es absurdo. Ni siquiera acompañé a mi esposo al aeropuerto. ¿Cómo iba a saber que él tomaría uno de esos seguros de las máquinas automáticas?

—Apuesto a que Sonderm tenía la costumbre de sacar uno de esos seguros cada vez que iba a tomar el avión para ir a cualquier parte —dijo Stanley—. Y usted lo sabía.

Hooper hizo ademán de levantarse del sofá, pero la señora Sonderm le retuvo con un gesto autoritario.

—No te alteres, debemos dejar hablar al señor Rougeron —dijo.

—Prefiero creer que ustedes no mataron a Sonderm, aunque me consta que ocultaron su cadáver —insistió Stanley—. Si me cuentan cómo lo hicieron yo podré ordenar las piezas de este rompecabezas y tal vez dar con el asesino. Si se niegan, declararé contra ustedes.

—Usted no sabe nada; por tanto, de nada nos puede acusar —gruñó Hooper.

—Eso es lo que cree usted —contestó Stanley—. Tengo un testigo que afirma que Sonderm murió en esta casa, delante de esa chimenea.

Una risa nerviosa salió de los labios de la señora Sonderm.

—Por favor, señor Rougeron. Usted sabe que mi marido murió en el accidente… Su cadáver está entre los de las demás víctimas, ¿no es cierto?

—En cuanto le hagan la autopsia descubrirán que no murió en el accidente.

Stanley mentía a sabiendas, pero la expresión que vio en los ojos de sus interlocutores le convenció que habían caído en la trampa y ello le animó a repetir la suerte.

—Además —dijo—. Alguien vio el coche de ustedes en las cercanías del depósito de cadáveres.

Elsie Sonderm miró espantada a Stanley, luego se volvió hacia Hooper, que contemplaba al detective torvamente.

—Contemos la verdad —dijo ella angustiada.

—No tenemos nada que decir —protestó él enfadado—. ¿No comprendes que eso no son sino mentiras para hacernos caer en una

trampa?

Stanley le miró severamente:

—Señor Hooper, le aseguro que están ustedes metidos en un hermoso lío. Usted, tal vez crea ingenuamente que con chamuscar un poco la cara y las manos de Sonderm, y llegar su cadáver al lugar del accidente, basta para hacer creer que Sonderm murió realmente en la catástrofe, y no en esta misma sala a consecuencia de un golpe en la cabeza que alguien le asestó con un atizador. Usted ignora varias cosas, a saber. —Stanley empezó a enumerar con los dedos—: Que la señorita Werner recibió una llamada telefónica de Sonderm citándola en esta casa, cuando lógicamente Sonderm debería encontrarse volando hacia San Francisco, Que cuando la señorita Werner llegó, encontró el cadáver de Sonderm tendido ante ese sofá. Que aunque el cadáver había desaparecido momentos después cuando acudió la policía, *miss* Werner y yo volvimos aquella misma noche para registrar el sótano, donde encontramos una alfombra manchada de sangre… Por último, señor Hooper, me tomé el trabajo de visitar el depósito de cadáveres, y en colaboración con el doctor de aquel establecimiento, rellenamos una ficha de identificación con datos muy interesantes; grupo a que pertenecía la sangre, color del cabello y los ojos, edad del difunto, talla, peso, medidas antropométricas y, entre otras cosas un examen muy completo de la dentadura del cadáver. Aquel mismo día visité al dentista del señor Sonderm… cuya ficha, por feliz casualidad tal vez, era idéntica a los datos conseguidos por mí en el depósito de cadáveres.

La señora Sonderm dejó escapar una ronca exclamación de sorpresa. Clavando sus pupilas en el demudado rostro de Hooper, Stanley prosiguió con acento triunfal:

Y ahora, señor Hooper, yo le pregunto si cree que con todos esos datos y esa serie de comprobaciones, todavía nos puede dar gato por liebre y hacernos creer que el cadáver de Sonderm no estuvo nunca en el depósito de cadáveres del puerto. ¿O cree todavía que puede sostener esa estúpida versión contra el testimonio de la señorita Werner, el del doctor que tomó los informes, el del dentista de Sonderm y mi propio testimonio?

Hooper se mordió los labios, miró acobardado a la señora Sonderm y declaró compungido:

—Creo que será mejor empezar por el principio… y éste fue el principio: Nos vimos envueltos en un crimen sin haber matado a nadie. La tarde que Sonderm debía partir hacia San Francisco, serían alrededor de las ocho, llegué eh un taxi y crucé el jardín llegando hasta la casa. Encontré la puerta abierta, entré y vi el cadáver de Sonderm tendido aquí en la alfombra. Alguien le había roto la cabeza con un atizador que todavía estaba a su lado…

Hooper se interrumpió para dirigir a la señora Sonderm una mirada interrogativa. La mujer asintió con los ojos y Hooper prosiguió:

—La señora Sonderm y yo somos viejos amigos. Nos habíamos conocido antes que Elsie se casara con Sonderm, habíamos vuelto a encontrarnos después y sentimos que reverdecía nuestro antiguo amor. Elsie, que no era feliz con su esposo, tuvo la valentía de decirle a Sonderm toda la verdad, suplicándole a continuación que le concediese el divorcio. Sonderm era un espíritu mezquino incapaz de comprenderla. Se enfureció, la insultó y aseguró que jamás le concedería el divorcio…

—Por favor, Hooper. Puede pasar por alto esos detalles tan enojosos para la señora Sonderm —apuntó Rougeron.

—Sí. —Hooper afirmó con la cabeza—. Para abreviar, cuando llegué y vi el cadáver de Sonderm, establecí una precipitada relación con Elsie y creí que ella lo había matado en mitad de alguna de sus acaloradas disputas. Salí de esta sala, corrí hacia la escalera y busqué a Elsie por toda la casa. Mientras estaba arriba creí oír ruido abajo. Salí al rellano superior de la escalera, pero no vi a nadie.

—Seguramente era la señorita Werner que llegó en ese instante.

—No llegué a verla, e incluso creí ilusión mía haberla oído. Puesto que la puerta estaba abierta, pensé que Elsie habría salido enloquecida después de golpear a Sonderm con el atizador. Inmediatamente concebí la idea de ocultar el cadáver. No sabía cómo iba a componérmelas luego para deshacerme del cadáver, pero mi primer impulso fue ocultarlo como fuera y evitar que nadie lo viera. Volví a la sala, cargué con el cadáver y lo llevé al sótano. Tomé una alfombra en buen uso para sustituir la que aparecía manchada de sangre, subí y efectué el cambio. Cogí también el atizador, lo llevé al fregadero y lo limpié a conciencia, secándolo

después y volviéndole a su sitio. En este momento oí el motor de un automóvil. No sabía quién podía ser, así que cogí la alfombra y corrí con ella al sótano. Todavía estaba allí cuando llegó la policía.

—Yo estaba convencida de que mi esposo se encontraba en aquellos momentos volando hacia San Francisco —dijo aquí la señora Sonderm—. La visita de la policía me extrañó. Negué con energía… hasta que al entrar en la sala vi que esta alfombra no era la que había antes y quedé sorprendida…

—Comprendo —dijo Rougeron sonriendo—. Su sorpresa fue auténtica, tanto, que la policía creyó en ella… aunque toreándola en un sentido equivocado.

—Cuando los agentes se marcharon, reaparecí —prosiguió Hooper lleno de excitación—. Elsie no pudo comprenderme cuando le pregunté si había matado a Sonderm. En ese momento comprendí que ella no había matado a Sonderm, pero el cadáver estaba allí en el sótano, ¿y quién iba a creer que Elsie o yo no le habíamos matado? Decidimos deshacernos del cadáver, ganar tiempo y preparar nuestra fuga de los Estados Unidos. Después de todo, se suponía a Sonderm en San Francisco. Teníamos algún tiempo por delante…

—Y no se les ocurrió mejor cosa que arrojar el cadáver de Sonderm a la bahía —dijo Stanley sarcástico—. Verdaderamente su imaginación no es muy fértil.

—No podíamos arriesgarnos a tenerlo en el sótano, alguien había denunciado a la policía la muerte de Sonderm, probablemente el asesino. Estábamos muy asustados. El asesino seguramente estaba observándonos y se reiría de nuestras dificultades esforzándonos por creamos otras…

—Perfectamente —dijo Stanley—. Decidieron deshacerse del cadáver arrojándolo a la bahía. ¿Cómo se las arreglaron para abrasar el rostro y las manos de Sonderm? ¿Con una lámpara de soldar de gasolina?

—Sí —dijo Hooper con un soplo de voz haciendo una mueca de repugnancia—. Fue la parte más desagradable de aquel trabajo.

—¿Y cuál fue su reacción cuando supieron que el avión en que debería ir Sonderm se había estrellado?

—Lo supimos por los periódicos al día siguiente. Naturalmente, lamentamos nuestra precipitación. Aquel maldito accidente venía a

echar por tierra nuestros planes, pues pronto iba a saberse que Sonderm no estaba entre los viajeros del aparato siniestrado. Sin tanta prisa por deshacernos del cadáver, tal vez hubiera habido una posibilidad de llevar a Sonderm en secreto hasta el lugar del accidente, abandonarlo entre unas matas y dejar creer que realmente había perecido en la catástrofe del avión.

—Y, naturalmente, en ese momento concibieron ustedes la idea de robar el cuerpo del depósito de cadáveres para llevarlo al lugar del siniestro del avión.

—Ya estábamos metidos en el asunto hasta el cuello, así que opté por correr un nuevo riesgo.

—Seguro que se arriesgó usted, y mucho. Dígame, y… ¿cómo consiguió sacar el cadáver del depósito?

—¿Sacarlo? ¡Pero si no llegué a sacarlo de allí!

—¿Cómo dice? —rugió Stanley furioso.

—Estuvimos merodeando por el depósito de cadáveres a últimas horas de la tarde, pero finalmente no nos atrevimos a hacer el intento. Elsie está muy asustada, ¿y a qué negarlo?, yo estaba asustado también. Ser sorprendidos con aquel cadáver cargado a la espalda, significaba nuestra irremisible perdición. Elsie insistía en que nos fuéramos de allí… y eso fue lo que hicimos finalmente, regresando a casa.

—¿De modo… que todo eso? —murmuró el detective sin apartar sus ojos absortos de la cara de Hooper.

—Decidimos renunciar a la prima sobre el seguro de Sonderm, sacar billetes para el primer avión que saliera de Nueva York hacia Sudamérica y desaparecer… Luego, la Providencia pareció personificarse en usted cuando vino a pedir a Elsie que fuera a identificar el cadáver al depósito. Cuando aquel empleado del depósito anunció que el cadáver había desaparecido, yo personalmente creí ver abiertas las puertas del cielo. Porque como usted, enseguida me figuré que el asesino había rescatado el cuerpo de Sonderm para llevarlo al lugar del accidente y hacer aparecer como que se encontraba entre las víctimas de la catástrofe.

Stanley guardó largo silencio bajo la atenta e intranquila observación de Hooper y la señora Sonderm. Stanley dijo levantando los ojos hasta el pálido rostro de Hooper:

—Y ustedes, naturalmente, esperan que se les crea esa historia

fantástica.

Hooper pegó un respingo de sobresalto.

—Acabo de contarle la verdad, y nada más que la verdad —dijo angustiado—. Nosotros no secuestramos el cadáver de Sonderm. De forma repentina e inexplicable, el asesino, que antes había estado contra nosotros cargándonos su delito, empezó a colaborar con nosotros. ¿Qué podíamos hacer, sino seguirle el juego y aceptar como una bendición de Dios la comedia que él nos obligaba a representar?

Stanley miró torvamente a la asustada pareja, metió las manos en los bolsillos del abrigo y empezó a balancearse adelante y atrás sobre los pies.

—Díganme una cosa. Cuando decidieron abandonar el país huyendo a Sudamérica, ¿con qué dinero contaban para empezar allá una nueva vida?

Hooper, bajo la mirada del detective, se sonrojó y apartó sus ojos avergonzado. La señora Sonderm dijo:

—Yo tengo algún dinero en mi cuenta corriente… No mucho, apenas lo justo para pagar un par de pasajes y vivir un par de meses hasta que Joseph encontrara trabajo y ordenáramos nuestra nueva existencia.

—Y de los diamantes que Sonderm llevaba consigo al regresar a la casa la tarde que le asesinaron, ¿qué me dicen? —preguntó Stanley.

—¿Diamantes? ¡Dios bendito! —exclamó Hooper—. Yo fui el primero en encontrar el cadáver de Sonderm y le aseguro que no tenía encima diamante alguno.

—Sin embargo, Sonderm llevaba consigo un estuche con un collar de diamantes tasado en doscientos mil dólares. Lo tenía ruando subió al avión, y no es probable que los dejara allí cuando se apeó repentinamente para regresar a casa. ¿O no lo sabían ustedes? —Gruñó Stanley, ante la cara de extrañeza de la pareja—. ¿No lo sabía usted tampoco, señora Sonderm?

—No —murmuró la mujer con un hilo de voz—. ¡Dios mío, todo parece confabularse para perderme! Frederic apenas me habló de ese viaje. Habíamos tenido una disputa unos días antes y apenas cruzábamos palabra desde entonces. —Súbitamente la mujer se echó a llorar con violencia—. ¡Oh, bien sé que nadie querrá

creerme…, que nadie podrá creer en mi inocencia! Y sin embargo, es cierto. ¡Es cierto todo cuanto Hooper acaba de decir…!

Las lágrimas de mujer siempre habían sido para Stanley algo tan fuerte como un disolvente ácido. Sencillamente, no podía soportarlas.

—Está bien, está bien —dijo exasperado—. Haré lo que nadie haría en mi lugar, y es sencillamente creer en su historia. Sin embargo, no se hagan demasiadas ilusiones. Ni el policía que venga a detenerles, ni el Jurado que les haya de juzgar, ni el juez que dicte la sentencia, ni el verdugo cuando les acompañe a la cámara de gas, les creerán por mucho que lloren y gimoteen. Todas las circunstancias están en contra suya. Ustedes tenían un motivo real para desear desembarazarse de Sonderm. Tuvieron la oportunidad de matarle y han tenido que admitir ya que ocultaron su cadáver, lo desfiguraron, lo arrojaron a la bahía e intentaron rescatarlo del depósito para llevarlo al lugar de la catástrofe del avión, donde finalmente apareció. ¿Se dan cuenta que no han cesado de hacer méritos para que les condenen por asesinos?

La señora Sonderm siguió sollozando y Hooper guardó fúnebre silencio.

—De todos modos —dijo Stanley recogiendo su sombrero— alguien cree en su historia. Yo.

La señora Sonderm levantó vivamente los ojos y le miró agradecida a través de sus lágrimas. Stanley prosiguió mientras iba hacia la salida.

—Este crimen fue cometido por alguien con mucha imaginación, y ustedes me han demostrado no poseer ni imaginación ni sentido común. Creo que AHORA ya sé quién cometió ese asesinato.

—Señor Rougeron —dijo Hooper. Stanley se detuvo y el hombre le tendió la mano—. Creo que nunca le he profesado toda la simpatía que realmente merece. Aunque nunca consiga demostrar nuestra inocencia… ¡gracias por haberlo intentado!

Stanley sonrió al apretar la mano de Hooper.

—La policía vendrá en cualquier momento a detenerles. Por favor, no enreden más las cosas. Búsquense un buen abogado y no digan nada que más tarde pueda ser utilizado como prueba en contra de ustedes.

El detective abandonó la casa cruzando el húmedo y sombrío

parque hasta la calle. El cielo encapotado con nubes de nieve precipitaba la agonía del día en un prematuro anochecer. Mientras Stanley esperaba ver pasar un taxi vacío empezó a caer una lluvia menuda mezclada con pequeños copos de nieve.

Pasaban pocos taxis, y ninguno vacío. Hacía mucho frío y Stanley sentía helársele los pies. No podía quedarse esperando allí indefinidamente y maldijo la pérdida de su automóvil. En este momento alcanzó a ver la placa indicadora de un teléfono público a cierta distancia de donde se encontraba.

Con la mano en el sombrero, envuelto en remolinos de nieve, de lluvia y hojas, avanzó contra el viento por la acera hasta la casilla del teléfono.

Llamó a la Compañía de los taxis amarillos pidiendo el envío rápido de un coche. Luego telefoneó a la oficina de la Compañía de Seguros pidiendo hablar con Hans Lader. Pero Lader había salido, seguramente para llevar el informe a la policía.

Stanley marcó a continuación el número de los joyeros «Sonderm y Ullman y Co.» Carlota Kearney contestó a la llamada y aunque le comunicó sin comentarios con Bessy Werner, Stanley tuvo la seguridad de que Carlota se quedaba escuchando desde la centralita.

—Hola, Bess. ¿Cómo estás? Te llamé por teléfono a la una, pero al parecer habías salido para almorzar.

—Stanley, ¿dónde estás? Me gustaría que vinieras a recogerme a la salida de la oficina dentro de media hora, si ello te es posible —dijo la voz excitada de Bessy.

—De acuerdo, querida. Iré a esperarte tan pronto consiga que me envíen un taxi. Estuve en la casa de los Sonderm. La señora Sonderm y su amigo Hooper hicieron declaraciones muy interesantes… Ahora esperan que la Policía vaya a detenerles de un momento a otro.

—Así ¿va camino de solucionarse el caso?

—Ya está resuelto, Bessy. Por completo. No puedo ser más explícito por teléfono. Después hablaremos.

Stanley colgó y esperó fumando los quince minutos que todavía tardó en llegar el taxi. Mientras descendían por Riverside Drive hacia el centro de Manhattan oscurecía con rapidez. El tráfico era muy denso a aquella hora, y la baja temperatura parecía acelerar el

movimiento incesante de los automóviles, como si el personal que salía de las fábricas y las oficinas sintiera enormes prisas por llegar a casa para sentarse junto a la estufa ante el televisor.

—Estacione aquí —indicó Stanley al conductor del taxi cuando llegaron ante la oficina de «Sonderm y Ullman».

Bessy Werner apareció en el portal abrochando los botones de su juvenil abrigo deportivo. Stanley abrió la portezuela y le hizo señas desde el coche.

Mientras la chica cruzaba la acera, Stanley dijo al taxista:

—Ahora cuando suba la señorita, pone usted el auto en marcha, da rápidamente la vuelta a la manzana y vuelve a estacionar junto a esta acera, pero media docena de patios más atrás. ¿Entendido?

El hombre asintió con un gruñido. Bessy subió al auto, cerrando la portezuela tras sí, y Stanley le cogió una mano.

El auto se puso en marcha.

—No tenemos mucho tiempo, Bessy. Dime, ¿está Ullman todavía arriba en el despacho?

—Sí. Estaba terminando de dictar unas cartas a Carlota y me dijo que podía marcharme. Escucha, Stanley. Hay algo que se me ha ocurrido y es que si aquel avión cayó por la explosión de una bomba, alguien más que la señora Sonderm tuvo una oportunidad para colocar esa bomba en la maleta de Sonderm.

—¿Sí?

—La maleta del señor Sonderm estuvo aquella tarde en la oficina. Recuerdo que tropecé con ella cuando me levanté para encender la luz. La cogí para apartarla, y en ese momento entró Carlota. Tuve la impresión de que recelaba que yo había estado curioseando en la maleta, y aquello, naturalmente, me ofendió. A continuación fui llamada por el señor Sonderm y Carlota quedó sola con la maleta.

—¿Quieres decir que si se hubiese propuesto meter una bomba de relojería en aquella maleta, Carlota Kearney tuvo la oportunidad de hacerlo?

—Sí. Y Dios me perdone estos malos pensamientos. La verdad es que Carlota jamás me fue simpática, de modo que es posible que sea esa antipatía la que me inspira tan terribles sospechas.

—Tranquiliza tu conciencia, Bessy. Tus sospechas coinciden con mi propia idea de cómo ocurrieron los hechos.

El auto acababa de dar una vuelta completa a la manzana y volvía a entrar en la calle que acababan de abandonar.

—¡Cómo! ¿Volvemos a la calle Cuarenta? —exclamó la chica dándose cuenta de la extraña maniobra.

—Escucha, Bess. Tengo terribles sospechas sobre la participación de Carlota Kearney en todo este embrollado asunto. Cuando ella salga dentro de un rato, quiero que la sigas en este taxi adondequiera que vaya. Yo, por mi parte, esperaré aquí a Ullman. Si mi instinto no me engaña, sean cuales sean las vueltas que den, esos dos volverán a encontrarse.

—Creo que esta vez tu instinto te engaña, Stanley. Nunca he visto a Ullman lanzar una sola mirada atrevida a Carlota.

El auto se había detenido y Stanley se inclinaba para mirar a través de los cristales en dirección al portal del edificio donde Sonderm y sus socios tenían su oficina.

—Ahí sale Carlota —anunció—. Avanza hasta el bordillo y hace señas a un taxi. Me apeo. Síguela.

Antes que la muchacha pudiera proferir una voz de protesta, el detective había saltado a la calzada.

CAPÍTULO VIII

Atisbando a través de los cristales del nuevo taxi que había tornado, Stanley Rougeron esperó unos minutos hasta que Ullman apareció en el portal. En una mano, Ullman llevaba una gran cartera de cuero.

Mientras se ajustaba los guantes, Ullman lanzó tina rápida mirada arriba y abajo de la acera. Luego cruzó hasta su auto «Ford» y se metió en éste con rapidez cerrando la portezuela.

—Siga ese coche —señaló Stanley al conductor del taxi.

El largo y aerodinámico auto de Ullman avanzó a lo largo de la Calle Cuarenta hasta Central Avenue. Aquí dobló a la izquierda hasta la Calle Treinta y Nueve, torció de nuevo a la izquierda y, marchando paralelamente a la Calle Cuarenta, cruzó una tras otra todas las avenidas hasta embocar el túnel de Queens.

Siempre pegado a las luces de cola del enorme auto de Ullman, el taxi salió del túnel y por Oakland Street y Greenpoint Avenue siguió hasta un tranquilo barrio residencial inmediato a Winthrop Park.

La casa ante la cual detuvo Ullman su automóvil era un moderno edificio de doce pisos con terrazas repletas de macetas, grandes ventanales acristalados y vistosos toldos de distintos colores. Stanley esperó hasta que Ullman hubo desaparecido en el portal. Luego, apeándose a su vez, se acercó para examinar la placa donde en pequeños caracteres metálicos en relieve figuraban los nombres de los inquilinos.

«*Miss* Carlota Kearney. Piso 8. Letra C», leyó. Stanley jamás hubiera sospechado que una muchacha que trabajaba como mecanógrafa pudiera permitirse habitar en un piso señorial enclavado en un barrio residencial tan distinguido.

Regresó al interior del taxi y allí esperó durante media hora hasta que vio aparecer un taxi amarillo, que depositó a Carlota Kearney ante el elegante portal de cristal y mármol. Un poco más allá, otro taxi se detuvo ante una casa de apariencia más modesta. Como que nadie se apeó de aquel auto, Stanley supuso que en él venía Bessy Werner siguiendo a la rubia Carlota.

Carlota Kearney despidió al taxi y desapareció en el portal. Stanley pagó el importe de la carrera a su taxista, añadió una buena propina y lo despidió también.

Bessy Werner saltó del auto que estaba detenido más allá. Se encontraron en la acera en una zona escasamente iluminada.

—¿Y bien? —preguntó Stanley.

Bessy parecía sorprendida.

—Seguí a Carlota hasta una agencia de viajes de la Séptima Avenida. Carlota sacó un par de billetes, y además recogió su pasaporte, el cual al parecer le había tramitado la propia agencia. Salió de la agencia y entró en una tienda del otro lado de la calle. Me arriesgué a que Carlota saliera antes de que yo terminara mi investigación, me apeé y entré en la agencia. Me hice pasar por una amiga de Carlota Kearney, sonsacando como quien no lo hace al empleado hasta que supe que los billetes eran para Miami, donde enlazarían con el avión para Río de Janeiro del mediodía de mañana.

—¡Bessy, eso es estupendo! —exclamó Stanley excitado—. Significa, ni más ni menos, que Carlota Kearney se dispone a huir en compañía de Ullman. Razón: Ullman tiene los diamantes verdaderos tasados en doscientos mil dólares que Sonderm debió llevar a San Francisco. —La mano del detective oprimió el brazo de la chica—. Tus sospechas eran ciertas. Fue Carlota quien puso la bomba en la maleta de Sonderm. ¿Lo ves claro ahora?

—No.

—No importa, luego lo comprenderás. Bessy, hazme ahora un favor. Busca un teléfono, llama a la policía y di que acudan rápidamente a estas señas. Carlota ocupa el apartamiento «C» del piso octavo. Ullman llegó hace media hora y está allí.

—¡Stanley, no irá a arriesgarte tratando de detenerles tú solo!

—Querida, nadie me priva a mí del placer de ver la cara que pone Ullman cuando le diga lo que tengo que decirle.

—Ellos no te abrirán. Si hay una mirilla en la puerta de su piso, y miran, y te reconocen, seguramente no querrán abrir.

Stanley se quedó pensando.

—¿Crees que te abrirán a ti?

—Sí. Mi visita puede sorprenderles, pero creo que me dejarán entrar.

—Y yo entraré tras de ti antes que puedan cerrar. Vamos, llamaremos a la policía después desde el propio teléfono de Carlota.

Cogiendo a la chica del brazo, Stanley la empujó hacia el bien iluminado portal de la casa de apartamientos. Tomaron el ascensor hasta la planta octava, y ya en ésta buscaron la letra «C» sobre las puertas que daban al amplio rellano.

—Convenido, Bess —dijo Stanley en voz baja—. Tú llamas, entras con cualquier pretexto, y yo me cuelo detrás antes que puedan cerrar de nuevo.

Bessy asintió. Serenamente avanzó hasta situarse ante la puerta «C». Stanley se pegó a la pared de forma que no pudiera ser visto a través de la mirilla óptica de la puerta. Bessy oprimió el timbre.

Se escuchó dentro el zumbador. Luego un leve ruido que indicaba que alguien rozaba la puerta por el lado interior. Bessy volvió a llamar teniendo aferrado el bolso bajo el brazo, los labios apretados, dando muestras de firmeza y determinación.

Dentro, tal vez, Ullman y la exuberante Carlota deliberaban. Finalmente se oyó el ruido del cerrojo al ser descorrido. La puerta se entreabrió. Asomó el rostro de Carlota, la cual inquirió con aspereza:

—¿Eres tú, Bessy? ¿Qué quieres?

—Vine aquí cerca a visitar a unos amigos. Entonces me dije: «Nunca he estado en el apartamiento de Carlota. Voy a verla».

—Bessy, vete a paseo —dijo Carlota entre dientes—. No puedo atenderte ahora, lo siento.

Bessy metió hábilmente el pie entre la puerta y el marco, impidiendo que ésta se cerrara. Carlota abrió violentamente y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Entrar solamente, querida —repuso Bessy. Y propinó un empujón a la puerta, que hizo salir a Carlota dando traspiés hacia el interior de la habitación.

Bessy se coló de rondón, y tras ella lo hizo Stanley, el cual cerró y quedó apoyando las espaldas contra la puerta.

—¿Qué significa esto? —chilló Carlota—. ¿Es un asalto?

Una figura apareció en una puerta del fondo. Era Robert Ullman. Iba en chaleco, sin chaqueta, y empuñaba una enorme pistola automática del calibre nueve. El rostro de Ullman aparecía pálido, pero sus palabras se esforzaban por ser tranquilas cuando dijo:

—¿Querrán ustedes explicar a qué se debe su intrusión, señor Rougeron? ¿Sabe que incurren en allanamiento de morada?

—Delito más, delito menos, ¿qué importancia tiene eso ahora, señor Ullman? —Sobre una mesa, en el centro de la habitación, se veía una maleta abierta—. Parece que hemos venido a interrumpir sus preparativos de viaje, señor Ullman. Ciertamente, el Brasil es un gran país con grandes oportunidades, y Río una de las ciudades más hermosas del mundo. No deje de enviarnos una postal cuando lleguen… si es que llegan.

La mano de Ullman se crispó sobre la culata de la pistola.

—Ahora me doy cuenta de que cometí un error al subestimar sus dotes intuitivas, señor Rougeron —dijo amargamente—. No debí dejarle vivir tanto tiempo que llegara a representar un serio peligro para mí.

—Eso está bien, señor Ullman. Aceptar los hechos como vienen y admitir que ha sido derrotado, eso es de hombres inteligentes. Por lo demás, es injusto consigo mismo. Usted intentó matarme anoche al sacar el líquido de los frenos de mi coche. No fue culpa suya si la señorita Werner y yo logramos salvamos —dijo Stanley apartándose de la puerta y avanzando un paso dentro de la habitación.

—No se mueva, Rougeron —dijo Ullman encañonándole con la pistola. Sonrió siniestramente—. ¿Qué le hace pensar que estoy derrotado?

—Digo que lo está porque, pase lo que pase, usted ya no podrá realizar su sueño de escapar a Sudamérica con su encantadora amiga y ese valioso collar de diamantes. Antes de entrar en esta leonera me tomé el trabajo de telefonear a la policía.

—No. Usted no hizo eso. Otro hombre quizá hubiera actuado precavidamente dejando que la policía viniera a detenerme. Usted es demasiado fatuo para permitir que otros le chafen su triunfo puramente personal… Su vanidad le exige que sea usted mismo

quien me entregue esposado a la inepta y torpe policía oficial.

—Me admira usted, Ullman. Se ve que conoce bien a la gente.

—Sí, la conozco.

—Bueno, aunque la policía no vaya a acudir de un momento a otro, ¿cómo se las arreglará para escapar? Nos asesinará también a la señorita Werner y a mí, pero ¿cómo lo hará sin armar tanto ruido que acudan todos los inquilinos de esta finca?

—Si ustedes me obligan a ello, dispararé de todos modos aun a riesgo de que los tiros se oigan en Central Park. Pero sabiendo que me tienen acorralado, y no me queda otra salida que abrirme paso como sea, ustedes no serán tan torpes que me obliguen a matarles cuando tal vez les queda una oportunidad de salvar su vida.

—¿Sí?

Stanley había seguido moviéndose muy lentamente en dirección a la ventana. Bess seguía junto a la puerta, pálida, asustada pero serena.

Carlota Kearney estaba entre Bessy y Ullman, un poco lejos hacia el fondo de la habitación. De todos, ella era la más asustada. Sus ojos, todo era mirar espantados de Stanley a Ullman, y de éste nuevamente al detective.

—Carlota —dijo Ullman—. Acércate al señor Rougeron. En sus bolsillos encontrarás una pistola, y seguramente también unas esposas. Usted, Rougeron, vuélvase de cara a la pared, separe los pies y apoye las manos muy abiertas en el muro.

La muchacha no se movió.

—¡Carlota! —gritó Ullman.

La joven empezó a moverse con lentitud en dirección a Stanley.

Desde el lugar donde estaba, junto a la puerta, Bessy Werner veía avanzar a Carlota por el centro de la habitación. Al mismo tiempo, con el rabillo del ojo, Bessy medía la distancia que le separaba del interruptor de la luz que estaba junto al marco, a su derecha.

Cuando Carlota estaba en el centro de la habitación, entre ella y Ullman, Bessy alargó la mano con rapidez y accionó el interruptor.

La luz se apagó de golpe en toda la sala, aunque quedó encendida la luz de la habitación por la que salió Ullman.

Ullman, recortado contra el hueco iluminado de la puerta, disparó su pistola contra Stanley. El detective se había echado al

suelo detrás del diván y el balazo pasó silbando por encima de su cabeza haciendo añicos el cristal de la ventana.

Ullman lanzó un rugido de rabia. Sabiéndose perdido, pues el disparo y el ruido de los cristales al caer a la calle no tardarían en atraer a la gente, empezó a disparar sin ton ni son llenando la habitación con el fogonazo de sus rápidos disparos.

Stanley corrió a gatas por detrás del diván y los sillones acercándose a Ullman, saltó en pie y se arrojó sobre el asesino propinándole un puñetazo en el oído.

Ullman cayó rugiendo de dolor. Stanley se arrojó sobre él, le atenazó la muñeca y le dobló el brazo hacia atrás obligándole a soltar la pistola. Ullman le clavó los dientes en el brazo. Stanley le golpeó en el mentón y en este momento se encendió la luz.

Bessy corrió a través de la habitación empuñando un revólver de grueso y corto cañón.

La intervención de Bessy no fue necesaria. En este momento, Stanley aplicaba su puño sobre la sien de Ullman y le derribaba medio desvanecido en el piso.

Stanley se dirigió jadeando a Bessy y tomó la pistola de la temblorosa mano de ésta. Luego, sacando del bolsillo de su abrigo un par de brillantes esposas, maniató con ellas las muñecas de Ullman antes de que éste se repusiera por completo.

En un rincón, Carlota sollozaba tapándose el rostro con las manos.

—Llama a la policía ahora, Bessy —dijo Stanley mientras apuntaba con su revólver a Ullman.

Afuera se oían voces. Llamaron a la puerta. Stanley fue hacia la puerta mientras Bessy levantaba el teléfono que estaba derribado en el suelo. Stanley dijo a los intranquilos inquilinos que estaban en la parte de afuera:

—Tranquilícense, no ocurre nada. Ya hemos llamado a la policía.

Cerró de nuevo la puerta y se acercó a Ullman. El joyero apoyó la espalda contra la pared y exhaló un suspiro.

—Ya ve cómo, después de todo, voy a entregarle yo mismo a la policía —dijo Stanley mordaz.

—Es usted un hombre de suerte, no cabe duda. Se propuso una cosa y salió adelante con ella. No puedo decir lo mismo de mí.

Stanley, con el revólver en la mano, tomó asiento en el brazo del diván. En el rincón seguía sollozando Carlota.

—En efecto, no tuvo usted demasiada suerte en el asunto de Sonderm —dijo Stanley—. Sonderm nunca debió mirar dentro del estuche antes de despegar el avión. Sólo que hubiera esperado un minuto más, el avión habría despegado, el estallido de la bomba se habría producido igual, y tal vez nunca se hubiera sabido cómo ocurrió el accidente. ¿No es así?

—Sí. ¿Cómo está tan bien informado?

—Dígame si me equivocó en algún detalle, ya que en realidad trato de reconstruir los hechos por pura deducción. Usted necesitaba dinero… No las modestas cantidades que hasta entonces estaba obteniendo de las ganancias líquidas de su negocio en sociedad con Sonderm e Hilton, sino una cantidad mayor que le permitiera salir del país con su amiga Carlota para probar suerte en otro lugar. Probablemente sus relaciones no eran muy buenas con Sonderm… De cualquier modo, usted decidió redondear un negocio de doscientos mil dólares apoderándose de aquel collar de diamantes en el que hacían de intermediarios para una casa de San Francisco…

Stanley se interrumpió. Hasta él llegó la voz bien timbrada de Bessy Werner: «¿Es la policía?».

Stanley continuó:

—Decidió apoderarse del collar y lo planeó todo del siguiente modo: Un detective de la Compañía de Seguros le acompañaría para escoltar el collar hasta el avión. Usted eligió a Barton. Sabía que Barton era un bebedor empedernido que jamás rechazaba una invitación a tomar una copa. Usted fue con Barton en busca del collar. Llevaba preparado un collar idéntico, sólo que de piedras falsas. En algún lugar del trayecto usted le dijo a Barton: «No hay tanta prisa, qué caramba. Hemos hecho un buen negocio y quiero celebrarlo tomando una copa», o algo parecido. De una forma u otra, usted cambió las piedras legítimas por las falsas que llevaba en el bolsillo. Luego apuró el tiempo hasta el último minuto para llegar al aeropuerto cuando el avión estaba a punto de despegar. De esta forma, aunque Sonderm examinara los diamantes, no podría volver a tierra una vez emprendido el vuelo. Mientras, en la oficina, la señorita Kearney colocaba en la maleta de Sonderm una bomba de

relojería. Lo que ocurrió fue esto…

Stanley se interrumpió de nuevo para mirar a Bessy, que llegaba hasta su lado. Luego continuó:

—Ocurrió que Sonderm, desconfiando por alguna causa, abrió el estuche en el avión e inmediatamente se dio cuenta de que el collar era falso. ¿Qué hizo entonces? Se apeó del avión, y lo hizo con tanta precipitación cuando el aparato iba a despegar, que dejó su maleta y nadie de los que estaban en tierra se dio cuenta de lo que ocurría. Sonderm, furioso, fue a una cabina telefónica. Quizá pensó denunciar el caso a la policía, pero lo pensó mejor y llamó a la señorita Werner para que fuera a su casa, probablemente para levantar una denuncia formal por escrito. Usted, que se había quedado en el aeródromo y vio regresar a Sonderm de la pista, supo inmediatamente que sus planes iban camino de derrumbarse. Siguió a Sonderm hasta su casa, donde acaso trató de convencerle para que retirara toda denuncia. Pero Sonderm se negó y usted se vio obligado a golpearle en la cabeza con un atizador. Luego, los acontecimientos tomaron extraños derroteros. Obrando estúpidamente, la señora Sonderm y su amigo trabajaron para usted sin saberlo, haciendo desaparecer el cadáver e insistiendo en que Sonderm había muerto en el accidente. Pero tal como se desarrollaban las cosas, usted temió que si el cadáver de Sonderm no era encontrado entre los restos del avión se investigaría en otro sentido… y entonces acaso alguien creyera a la señora Sonderm poniéndole en apuros a usted. Lo mejor, la coartada más limpia desde todos los puntos de vista, era colocar el cadáver de Sonderm junto a las víctimas del avión. De esta forma, si existía alguna sospecha, éstas recaerían sobre la señora Sonderm… que iba a cobrar cien mil dólares del seguro que su esposo sacó, y además estaba demostrando gran asiduidad con su amigo Hooper. Dígame una sola cosa, Ullman. ¿Por qué mató a Ellery Barton?

—Barton se receló lo de los diamantes y empezó a sacarme dinero con amenazas. Tenía que librarme de él.

—Creí que Barton le había ayudado a robar el cadáver de Sonderm de la cámara frigorífica del depósito.

—En efecto, me ayudó. Le pagué quinientos por adelantado por ese trabajo. Eso me colocaba por entero en sus manos… y tuve que estrangularle con su propio cinturón mientras estaba borracho.

La mano de Bessy buscó la de Stanley y se la apretó. En este momento llamaron a la puerta.

—¡Abran a la policía! —gritó una voz.

Bessy miró al detective pidiéndole permiso con los ojos.

—Ve, querida.

Las manos se apretaron y se soltaron. Poco después la habitación se llenaba de hombres.

FIN



Pascual Enguídanos Usach (Liria, 13 de diciembre de 1923 - ibídem, 28 de marzo de 2006) fue un escritor español, uno de los clásicos europeos de la ciencia ficción y el decano de la ciencia ficción española.

Nacido y vecino de Liria (Valencia), Pascual Enguídanos Usach, funcionario jubilado de Obras Públicas y escritor, es considerado en la actualidad el decano de los autores españoles de ciencia ficción, representando a la primera generación de postguerra y quizá el de mayor éxito entre los autores de novela popular en su época. Si bien se encuadró inicialmente en lo que se ha dado en llamar Escuela Valenciana de Ciencia Ficción, desde los años 60 se le comenzó a considerar en medios literarios del género como uno de los escritores españoles de mayor alcance. Comenzó su andadura como escritor en las colecciones de Editorial Valenciana Comandos, Policía Montada o Western, mientras que luego en la Editorial Bruguera colaboraría en Oeste, Servicio Secreto y La Conquista del Espacio. Bajo el pseudónimo de «Van S. Smith» o de «George H. White», publicó nada menos que noventa y cinco novelas dedicadas al género. Su reputación en la ciencia ficción española de los años cincuenta procede de un estilo ágil y del universo que propuso, pues cincuenta y cuatro de sus obras se inscriben en la llamada Saga de

los Aznar, una auténtica novela-río adaptada al tebeo en dos ocasiones y que recibió en Bruselas el galardón a la mejor serie europea de ficción científica o, si usamos el anglicismo, ciencia ficción. La Saga fue reescrita y ampliada en los años 70 y ha sido objeto de atención y reedición, y es actualmente reivindicada por aficionados y autores que continúan su obra.

Enguídanos propuso al editor de Valenciana una nueva colección dedicada a la ficción científica y para la cual había comenzado a escribir algunas obras. Éste fue el inicio de la histórica Luchadores del Espacio, joya de la ciencia-ficción española, publicada en la década de los 50 por la Editorial Valenciana y donde la serie de Enguídanos, La Saga de los Aznar, con treinta y dos novelas que aparecieron entre 1953 y 1958, constituiría el cuerpo central de la colección. La obra, que recordaba a veces la estética de *Flash* Gordon y la literatura del Coronel Ignotus, fue reconocida como la mejor serie de ciencia-ficción publicada en Europa, (Convención Europea de Ciencia Ficción, Bruselas, 1978).

Pascual Enguídanos desapareció de los medios públicos, y el fandom perdió contacto con él, hasta que por diferentes medios, Javier Redal y Andrés Rodrigo, autores y miembros significativamente activos del mundillo de la ciencia-ficción española lo localizaron en su residencia de Liria, donde vivía ya apartado de la escritura, e ignorante de la repercusión de su obra. En la HispaCon de 1994, celebrada en la localidad valenciana de Burjassot y dirigida por el citado Andrés Rodrigo, Pascual Enguídanos fue homenajeado como Invitado de Honor recibiendo, por primera vez en muchos años, el reconocimiento de los aficionados al género de ficción de toda España.

El autor sería también homenajeado en el XXI Congreso Nacional de Fantasía y Ciencia-Ficción (HispaCon 2003) y durante la ceremonia de entrega de los premios Ignotus le fue concedido el premio Gabriel por la labor de toda una vida.